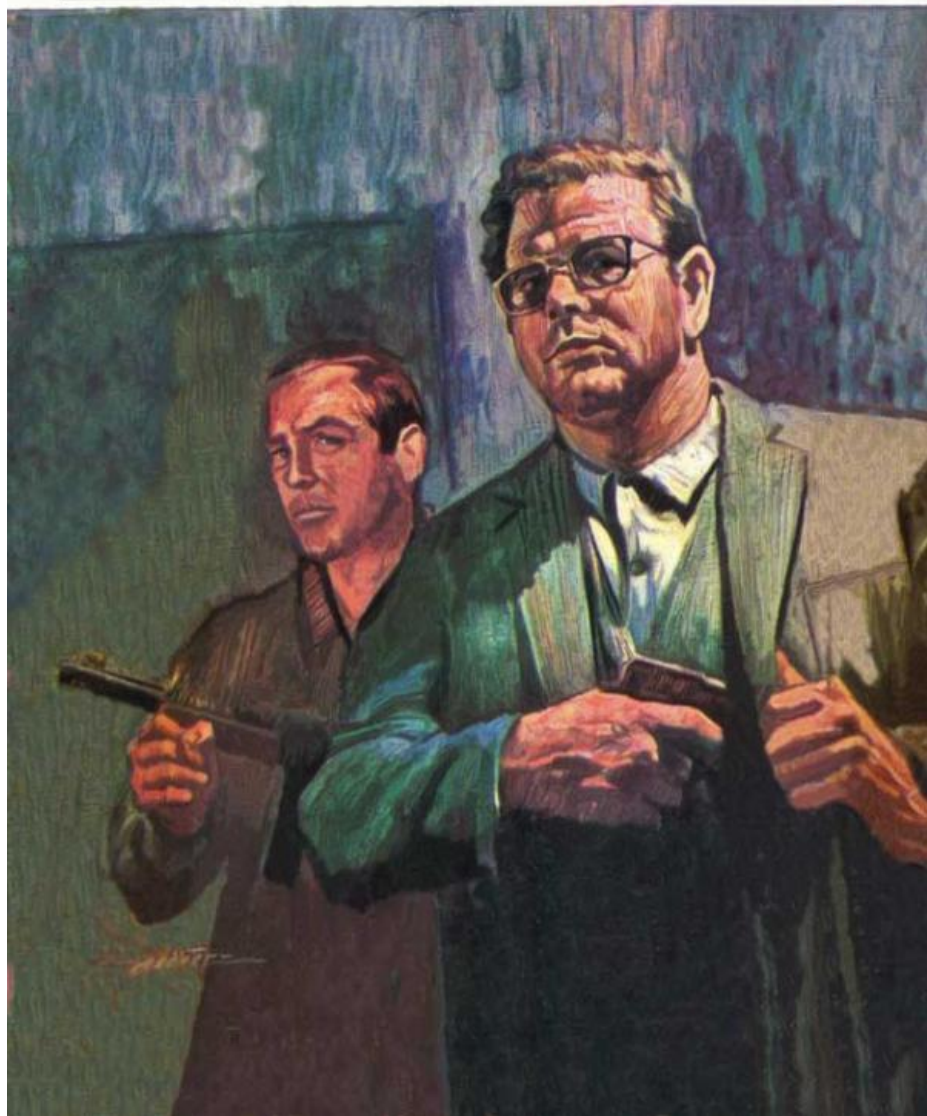


BOLSILIBROS BRUJUELA
**PUNTO
ROJO**

el clan de los matones

peter debry



COLECCION

PUNTO ROJO



PETER DEBRY

EL CLAN DE LOS MATONES

Colección PUNTO ROJO n.º 515
Publicación semanal
Aparece los SABADOS



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

Depósito Legal B 171 - 1972

Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición: marzo, 1972

© PETER DEBRY - 1972
sobre la parte literaria

© JORGE NÚÑEZ - 1972
sobre la cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor
de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1972

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

**ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL**

En Colección BISONTE:

1.159 — Pista para pistoleros.

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.124 — "Bronco", Blasco.

En Colección BUFALO:

950 — Cazador de apaches.

En Colección CALIFORNIA:

795 — Trinca de rufianes.

En Colección SALVAJE TEXAS:

826 — Fogatas del odio.

En Colección COLORADO:

716 — La forajida y el trampero.

En Colección PUNTO ROJO:

508 — Ultimo asalto.

En Colección ASES DEL OESTE:

663 — La marca del desesperado.

En Colección KANSAS:

704 — Paraíso de forajidos.

En Colección BISONTE SERIE AZUL:

3 — La piel del cazador.

En Colección BRAVO OESTE:

550 — Dos para un patíbulo.

CAPITULO PRIMERO

Al oeste de Chicago, el Illinois se curvaba formando algunos remansos con pretensiones de lago. Y junto a Green Lack, distante doce millas de la ciudad, se escondió por unas horas Oscar Lavern.

La pandilla que le daba sañuda caza le hubiera ametrallado sí, providencialmente, Lavern no hubiese encontrado la complicidad del Green Lack.

Saltó del coche que conducía, dejándolo hundirse en el lago.

Rodando por la cuneta de la carretera, permaneció anhelante, magullado y algo inconsciente, pero crispada con firmeza la diestra en torno a la culata de su “Luger”.

El coche, ocupado por cuatro tiradores especialistas, se detuvo unos instantes a unos cinco metros de donde se ocultaba Oscar Lavern.

Uno de los pandilleros dijo:

—Lavern no ha podido esconder su cacharro entre el césped. ¡Sigue, Johnny!

Oscar Lavern, al no oír ya el ruido del motor, acarició, complacido, el césped en rededor de su cuerpo, echado tras los matorrales que bordeaban el Green Lack.

Era jugador y supersticioso. Pensó que en Green Lack siempre le favorecía la suerte.

Tres años antes había pagado la casa de dos plantas, edificada en la margen del Green Lack, a su gusto.

Fue a buscar a sus dos hijos, que estaban estudiando en un colegio mixto de Springfield. Había decidido retirarse. No habiendo formado parte de ninguna banda con carácter fijo, no se consideraba ligado a nadie.

Además, estaba dispuesto a no correr más riesgos. Tenía cuarenta y cinco años, baqueteados.

Su hija Joyce quería terminar sus estudios de decoradora. Un estudio práctico. Muy femenino. Muy acorde con Joyce Lavern.

El chico, fuerte y crecido para sus diecisiete años, estaba en la edad del fanatismo por los deportes. Boxeo, natación, atletismo...

Parecía que el porvenir se presentaba risueño para Oscar Lavern.

Concedía cierta amistad a Smart Delaney, un novato. En realidad, le debía el poder disfrutar de una madurez tranquila.

Aquella noche del año anterior, cuando irrumpieron los matones de Watson en el bar del Mercado, a no ser por la velocidad y tino de Smart Delaney, que barrió a los tres pistoleros, vaciando muy aprovechadamente un cargador, Oscar Lavern hubiera terminado allí su carrera de

delincuente.

Por esta razón, Lavern toleraba, hasta un cierto límite, algunas libertades al joven Delaney.

Alto y recio de espaldas, estrecho de caderas, Smart Delaney, de rostro simpático, escogía las palabras cuando hablaba con Lavern.

A las cinco de la tarde de aquel veinte de mayo, Joyce Lavern estaba en la ciudad, en su curso final de estudios. Ben Lavern asistía a las carreras de motos sobre ceniza, antes de acudir al gimnasio.

Lavern no quería servidumbre. Por eso, él mismo pasó a elegir en la bodega un legítimo *scotch*. Lo paladeó con el enjuague del conocedor. Y Delaney comentó, tras beber un sorbo:

—Es del bueno, señor.

—Para los amigos, y tengo pocos, muy pocos. Bien, muchacho, tú no habrás venido solo para charlar del tiempo conmigo. Anda, echa fuera lo que tú tienes dentro. Eres claro como el agua de manantial, Smart.

—No quisiera que se enojase conmigo, pero sabe que yo conozco a varios que no le quieren bien. Les oigo comentar...

—No te preocupes. Aquí dentro, para entrar, han de pedir permiso al dueño, que soy yo. Y estoy más seguro aquí dentro que una tortuga en su caparazón. Te diré más... Basta que uno pise por el jardín en torno a mi casa, y estando yo dormido, me avisa, sin saberlo.

—Ya sé que ha provisto de aparatos de alarma la valla en torno y cada acceso. Pero no se trata de todo eso. Se trata de... Carol Eberhart.

Arrugó Lavern el entrecejo, y la súbita crispación de sus maxilares, endureció su rostro brutal.

—No lo tome a mal, señor Lavern. Pero he creído necesario advertirle de lo que van diciendo por ahí.

—¿Qué pueden decir de Carol? Ella es de clase muy distinta a todos estos desgraciados del clan de los matones. ¿Guy Watson? ¿Donny Kring?

—Y también Ludovici.

—¿Medio Rostro? Un trío de matones, si tienen a los flancos y ante el pecho, mejor que tras sus espaldas, a sus chacales. A solas, uno a uno les canté en su tiempo mis verdades. ¿Qué tienen ellos que decir ahora?

—No les gusta Carol Eberhart.

Rio Oscar Lavern como si acabara de oír un buen chiste.

Pero la aparente hilaridad quedaba desmentida por la brillante dureza que fulgía en sus pupilas.

—El que se va a casar con Carol soy yo, ¿no?

—Es la hermana de Jake. Un confidente de la policía, dicen ellos.

—Ya presumí que les sentaría mal. Yo nunca delaté a nadie. Y podría contar muchas cosas. Pero trabajé siempre independiente. Una vez para Donny Kring, dos para Watson, y en otro par de ocasiones para Gian Ludovici. Quisieron que repitiera, pero no acepté. Y ya está. ¿He ido a

contar a nadie en qué faenas intervine para ellos?

—Dicen que si se casa usted con Carol, puede que ella le oiga comentar... y su hermano Jake...

En el intervalo de opresivo silencio, Smart Delaney pensó que se limitaría a apartar la cabeza cuando Lavern le intentase estrellar el vaso contra la cara.

Pero Lavern se dominó. Dijo, al principio, un poco entrecortado el resuello:

—A ti te lo consiento, Smart, porque no has venido con mal fin. Pero es muy asqueroso que piensen que Carol se casa conmigo por consejo de Jake, que hace dinero con sus confidencias, ganándose las primas ofrecidas para desenmascarar a tipos como Kring, Medio Rostro, Watson... Si les ves, puedes darles mi respuesta.

—Ni ellos me mandan, ni me manda nadie, sépalo.

—Lo sé. Tú también eres independiente. Pero tienes agallas para meterte donde quieres. A lo que iba... Como le suceda el menor daño a Carol, moriré a gusto, pero tan sólo cuando antes haya despachado, uno por uno, a esos tres matones.

—Vuelvo a la ciudad. Y ya sabe, señor Lavern, si para algo me necesita, cuente sin reparos conmigo.

—Lo sé. Tienes buen temple, aunque elegiste el mal camino. Puedo decírtelo, ya que soy de los pocos veteranos que ha sabido retirarse a tiempo. Siempre que quieras ven a verme, Smart.

Se fue Delaney, sin saber que veía por última vez a Oscar Lavern.

CAPITULO II

Joyce cerró la carpeta de dibujos, cuando su hermano, fatigado por el cultivo intensivo del músculo al que dedicaba su día, fue a su alcoba.

Oscar Lavern, habiendo ya comprobado que los cierres estaban intactos y dispuestas las conexiones de alarma, procedió a beber su “latigazo” nocturno, el del sueño dulce.

—¿Puedo hablarte, padre?

—Vaya... ¿Te hacen falta unos billetes para tus experimentos con trapitos y colorainas?

—No, padre. Gracias, pero con lo que me das cada semana, me sobra.

—Tanto, que hasta le puedes prestar al espléndido manirroto de tu hermano. ¿De qué se trata, niña?

—De... Carol.

Lavern depositó el vaso con cuidado, y, por unos instantes, pareció estudiar el cruce de su batín. Dijo, en voz baja:

—Hay cosas ajenas a tu entendimiento, niña. Cuando seas mayor, comprenderás cosas que ahora se te escapan.

—Tengo ya diecinueve años, y, desde que murió mamá, en el colegio de Springfield aprendí mucho.

—Sí, muchacha, no te lo discuto. Anda, a dormir, que es ya tarde.

—Lo he pensado bien, padre. Y respetuosamente, aclaro que no quiero tener por madrastra a Carol Eberhart.

—Cuidado, Joyce... Es un terreno este en el cual no te he pedido tu opinión, ni la quiero.

—¡Pero he de decirte lo que pienso, padre! Lo contrario sería desleal. Si Carol Eberhart ha de entrar en esta casa, yo soy capaz de cualquier cosa, porque no es una mujer decente...

Lavern seguía siendo ágil. Y brutal. El primer bofetón sacudió la cara de su hija a un lado. El segundo en revés, la tiró al suelo con la silla.

La cogió por los brazos para levantarla. Iba a propinarle una tanda de bofetones, cuando permaneció rígido, diestra en alto.

La voz que a su espalda le advertía, le causó una infinita sorpresa:

—No lo hagas, padre. No lo repitas... ¡Por favor!

Soltó a la llorosa Joyce para dar media vuelta.

En el umbral del comedor, en pijama, bombeado el torso, pálido el

rostro, Benjamín Lavern, campeón universitario de los pesos welter, trataba de disimular que estaba muy apenado.

Quería con idolatría al autor de sus días, pero también idolatraba a su hermana Joyce.

Por un instante, pareció como si padre e hijo fueran a enzarzarse en odiosa pelea.

De pronto, sacudiendo la cabeza, como si despertara de una mala embriaguez, dijo Lavern:

—Va bien, hijo. Tú, niña, a la cama. Sin rechistar. ¡A la cama!

—Joyce, vete a dormir, ¿quieres? —susurró Ben Lavern, apremiante.

Ella obedeció, presurosa.

Oscar Lavern fue a cerrar la puerta. Y regresando, mostró sobre la mesa su vaso medio vaciado.

—Te has ganado el trago de hombre, Ben. Ya sé que hasta hoy no has bebido ni licor de fresas. Pero ahora, bebe... Te has ganado el trago de hombre. Está bien, sí, está bien. Hay que defender a los que queremos, Ben. Un poco más, y tal vez con todos tus músculos y *ring*, hubiese yo dado una buena felpa. Pero está bien. Hazlo siempre así, Ben. Defiende lo que quieras, a tiros si es preciso, y contra quien sea.

Ben Lavern bebió con mueca de asco el áspero whisky. Pero apenas vació el vaso, sonrió, complacido.

Su ídolo, su imagen viva de la hombría, le estaba dando palmadas aprobativas en el amplio hombro.

—¿Qué hubieses hecho, si no te llego a hacer caso?

—No sé, padre, pero me dolía verte pegar a Joy.

—¿Oíste lo que me dijo?

—Oí caer la silla, y el ruido me atrajo.

—Si os tuve en Springfield desde que murió tu madre, Ben, fue porque necesitaba ganar dinero, y no os quería por mis alrededores. Y por eso, quizá, te choque tanto que le haya dado un par de sopapos a Joyce. No tengo por costumbre dar a nadie explicaciones de mis actos, Ben. Pero tú eres de mi pasta, todo un hombre. Vamos a ver... ¿Si vuelvo a casarme, qué...?

—Un hombre no puede estar siempre solo. Algún día Joyce se casará, y yo, posiblemente, también. Es, por lo tanto, natural, que te cases.

—¡Magnífico, muchacho! Tú eres un tío con talento. ¿Conoces a la que va a ser tu futura madre?

—Esto no es posible, padre. Yo la respetaré, y, si se porta bien contigo, le cogeré afecto, pero no será como mi madre. Me gusta ser leal, padre.

—¡Eso quiero! Demasiados falsos he tratado. Tipos sonrientes, amables, que, por menos de un billete, matan al mejor amigo. Tú eres como Smart... Un amigo. ¿Tienes algo contra Carol Eberhart?

—Nada en absoluto, porque ni siquiera la conozco.

—Pues le cogéras afecto, verás. Bueno, ya son las once, y debes cuidar el entrenamiento, campeón. ¿Con quién te vas a encerrar entre cuerdas el sábado por la noche?

—Con Petty Cobley.

—Vaya, vaya... Tu primer combate en serio.

—Los otros también iban en serio.

—Me refiero a que Petty Cobley es un profesional. Un marrullero, el tal Petty. Y además, zurdo, ¿no? Me he empapado de prensa deportiva. Te retrataron y todo, los del *Ring Weekly*... Estoy muy orgulloso de ti, hijo. Iré con Carol, a primera fila, a aplaudirte. Has de tumbar a Petty en el segundo, como máximo.

Rió, alborozado, Ben, enlazados los hombros por el brazo paterno. Dijo:

—Petty es duro de pelar.

—Pero tú tienes dinamita en los puños, muchacho. Y a propósito del *Ring Weekly*... ¿conque tienes diecinueve años, eh, bribón?

—Fue... por la licencia. Además, los aparento de sobras.

—Es lo clásico. Te añades ahora, y luego te quitarás. Bueno, a dormir. Y aconseja a Joyce que cierre la boquita en lo que se refiere a Carol. Buenas noches, hijo.

Lavern dio una palmada en el pescuezo redondo y macizo del púgil prometedor.

Poco después, en su alcoba del piso alto, dio marcha al ventilador. Era calurosa aquella noche de mayo.

Un jueves muy caluroso. Había una tormenta al atardecer, y por unas horas, se había interrumpido el suministro de fluido, al romperse unos cables.

Se restableció la corriente normal, al anochecer. Los aparatos de alarma que convertían la casa al borde del Green Lack, en un feudo inviolable, funcionaban a la perfección.

Pero a causa de la tormenta, varios operarios de la Central Oeste de Chicago tuvieron que recorrer, aisladamente, el sector averiado.

Uno de ellos, terminada su tarea, se quitaba los zancos dentellados, al pie del poste del que acababa de bajar, cuando inesperadamente fue objeto de una incomprensible agresión.

En la oscuridad, un ágil y alevoso atacante, le golpeó la base del cráneo. Un golpe contundente y eficaz, sin intención de matar.

Con el mismo cable que le servía para hacer sus reparaciones, y que sacó el agresor del cofre, le rodearon las muñecas, codos y rodillas.

Un trapo no muy limpio le taponó la boca. El operario quedó tendido y oculto entre unos matorrales.

No le robaron lo que llevaba en los bolsillos, ni las herramientas, algunas de buen precio. Su agresor se llevó, tan solo, el par de garfios que, con correas de sujeción en tobillos y piernas, servían para ascender

fácilmente por los postes de alumbrado, así como el ancho cinto.

No era un operario el que, hacia las once de la noche, subía por el poste que distaba unos diez metros de la fachada principal de la casa de los Lavern.

Una noche propicia. De nuevo se habían acumulado nubes, velando las luminarias estelares.

La solidez del cierre del cinto, permitía al individuo un buen equilibrio, firmes los pies, junto a la madera mordida con seguridad por los dientes de los largos hierros complementarios de su calzado.

Extrajo del bolsillo interior de su chaqueta un objeto largo. Unos veinte centímetros. Redondo, y con orificios al extremo opuesto al enrosque final, que ajustaba bien con las estrías interiores de la pistola de calibre nueve.

La rojiza luz en la alcoba de Oscar Lavern formaba un halo suficiente para un buen tirador, que pudiera utilizar el punto de mira con calma.

Lavern, en pijama, salió del adjunto cuarto de baño. Antes de quitarse las zapatillas, fue como siempre a revisar los cierres de alarma de las dos ventanas.

El hombre que había ajustado un silenciador a la pistola de calibre nueve, cruzó los brazos.

Apoyó la muñeca derecha sobre el ángulo del codo izquierdo. Un tiro infalible, con un blanco tan propicio como el que ofrecía Oscar Lavern, algo inclinado, comprobando los cierres.

Un limpio orificio en el cristal, que formó una roseta astillada.

Y un rojo orificio en el cráneo de Oscar Lavern.

CAPITULO III

La femenina sensibilidad hallaba su desahogo porque el llanto mitigaba, por físico cansancio, el dolor de Joyce Lavern.

Pero más patético e insufrible era el escalofrío que, intermitentemente, recorría las anchas espaldas del muchacho, arrodillado junto al cuerpo tendido boca arriba sobre la alfombra.

Los pies de Oscar Lavern distaban apenas medio metro de la ventana que mostraba la roseta astillada en un cristal.

Había caído de espaldas al certero impacto mortal. Instantáneamente muerto.

Coagulada ya la sangre que ponía su fea mancha en torno a la cabeza.

Un poco más allá del cuerpo, porcelanas rotas al caerse de la bandeja en la que todas las mañanas, a las ocho, traía Joyce Lavern el desayuno.

Y los minutos pasaban intensos...

Por fin, la diestra de Ben Lavern pasó como una caricia por el rostro frío, rígido. Los dedos cerraron los párpados muertos.

Y ahora pudo el muchacho encontrar momentáneo alivio a su garganta contraída. Roncos sollozos sacudieron sus hombros.

En la cama, sin deshacer, tendida de lado, Joyce musitó:

—Tenemos que avisar a la policía, Ben. Tenemos que...

Ben Lavern consideró que en aquellos instantes se convertía en heredero de la voluntad, no escrita, del muerto.

—Aquí no entrará ningún policía. No avisarás a nadie, Joy. Te odiaría, si lo hicieras. No quiero policías registrándolo todo, periodistas escribiendo cosas... No quiero hacer lo que no hubiera deseado nuestro padre, Joy. Ni la policía ni los periodistas, le devolverán la vida.

—¿Qué... piensas hacer, qué pretendes?

—Lo sabrás, y pronto. Pero ahora, permanece aquí, hasta mi regreso. No tardaré. Y recuerda que lo juro... ¡lo juro, Joy! Te odiaré si avisas a nadie.

En pie, ella vino a abrazarse a su hermano. Dijo:

—No debes, no debes hacer lo que piensas. No quiso él que tú siguieras un camino ilegal.

—No es ilegal, sino ley de sangre, Joy. Me corresponde vengarlo... Espera, que no tardaré. Sólo hay un hombre en quien podemos confiar.

—Sí. Es mejor. Nosotros solos... cometeríamos errores. Pero Smart Delaney nos ayudará, Ben.

* * *

Smart Delaney se vistió apresuradamente. Sus preguntas inquisitivas equivalían a un interrogatorio policial. No dio consuelo imposible, y se lo agradeció oscuramente Ben Lavern. Lo trataba como a un hombre.

—¿A qué hora lo descubristeis?

—Cuando Joy fue a llevarle el desayuno. Mi padre quería que a las ocho le despertara ella. Yo estaba en el baño.

—¿Los timbres de alarma?

—Nadie los tocó. Y la casa estaba completamente cerrada. La cama, sin deshacer. En la ventana, un cristal agujereado...

—Vamos allá, Ben. Deja tu moto en el garaje. Iremos en mi coche.

En la carretera, volvió Delaney a su interrogatorio:

—¿Observaste algo anormal anoche en tu padre?

—Nada que hiciera suponer esto.

—¿Por qué no quieres avisar a la policía, Ben?

—Porque él no hubiera querido que otros le vengasen. Además, un policía declaró, no hace mucho, que el único acto honorable que realizan los enemigos de la ley, es exterminarse entre ellos.

—Tengo más experiencia y años, Ben. Tu padre os educó a los dos para vivir decentemente. Debes avisar a la policía.

—¡No! ¿Y cómo puedes aconsejarme eso tú? ¡El único amigo de mi padre!

Por eso mismo, Ben. Pero hay leyes.

—Matar al que mató, es un acto honorable, dijo el policía.

—Se refería a pistoleros, Ben. Tú no lo eres.

—Mi padre lo fue. No me avergüenza.

—Ten sentido común, muchacho. Deja a la policía que cumpla con su trabajo.

—¿De mala gana, casi alegrándose? ¡No! Y me mortifica que tú, el único amigo de mi padre...

—Calla, que luego, en frío, te arrepentirás de lo que ahora vas a decirme. ¿Es que quieres aumentar la pena de Joyce?

—Joyce volverá a Springfield. Lo he decidido.

—Te olvidas de algo muy importante, Ben.

—Razón de más, Smart. Si Joy te quiere, y os queréis casar, debes demostrarme que fuiste de veras amigo de mi padre.

—Hablares luego con más calma. Lleva tú el coche al cobertizo. Echaré un vistazo a la fachada.

Minutos después, venía Lavern a colocarse al lado de Delaney, que miraba hacia el primer piso, hacia el cristal agujereado.

—Cualquiera que hubiera saltado la valla, habría dado la alarma. No pudieron, pues, subir ayudándose en los resaltes. Y esto es lo raro, Ben. Han disparado con trayectoria frontal.

—¿Por qué lo crees así?

—Desde aquí, tan solo hubieran podido disparar hacia arriba, pero no oísteis los timbres. Y el cristal no tendría el agujero redondeado tan perfectamente. Me has dicho, además, que tu padre tenía el balazo entre la frente y la coronilla. El tema es desagradable, Ben, pero somos hombres. Mayor es tu pérdida, pero también perdí a un amigo que me apreciaba. Vamos arriba. Tendremos que quitar el cristal. No hay vecinos cerca, ni tránsito, pero alguien pasando, algún pescador, podría ver el cristal, ¿comprendes?

—Gracias, Smart. Yo sabía que me comprenderías. Gracias.

En la alcoba, Joyce se refugió en los brazos de Delaney. Era su primera efusión amorosa, desde que, dos meses antes, se conocieran.

—Hay que tener ánimos, Joyce. Una pérdida dolorosa pero no sufrió. No llores más. Me apena mucho, de veras...

—Ben no quiere que avisemos. Tienes que convenirlo.

—Hablabamos después de eso, Joyce. Hazme el favor de salir. Tu sitio no es éste. Hazme el favor de salir. Espéranos en tu alcoba. Por favor.

La acompañó a través del pasillo hasta dejarla encerrada. Ben Lavern procedía a arrancar las grapas de sujeción del cristal. Delaney introdujo el índice por el agujero.

Miró hacia dónde apuntaba. No veía más que unos árboles, en la lejana y opuesta orilla, que estuvieran a igual altura.

En las proximidades, fuera del chalet, césped hasta el agua, unos matorrales de poca alzada, la carretera rendaría, casi un sendero, y los postes de conducción eléctrica.

Miró las manchas ennegrecidas, coaguladas, al borde de la ventana, entre los dos cierres. Unas gotas.

—Debió controlar estos cierres, y entonces le dispararon. Pero, ¿desde dónde?

—Tuvo que ser con silenciador, Smart. Un disparo lo hubiéramos oído Joyce o yo.

Arrodillado, Delaney cogía entre sus manos la cabeza.

—Un poco de valor, muchacho... Tienes que ayudarme, Ben.

—¡A lo que sea!

—Trae unas gasas, y, si encuentras unas pinzas, algo que pueda servir de extractor, tráelo. Y déjame un instante solo.

—Puedo quedarme, Smart.

—Bien. Trae lo que te he pedido.

Volvió casi al momento, y, siempre arrodillado, tendió Delaney la mano, insistiendo:

—No es agradable lo que voy a hacer, Ben. Será mejor que esperes fuera.

—Iré hasta el fin. No voy a retirarme en el principio, Smart.

Pero apartó la vista. Pasaron unos minutos.

Por fin, se levantó Delaney, yendo al cuarto de baño, donde depositó unas gasas encima de un estante, entre utensilios de aseo.

Se lavó las manos, aclarando con reiteradas enjabonaduras. Tiró al cesto de ropa sucia las pinzas de depilar, después de lavarlas. Estaban torcidas.

—Quema estas gasas, Ben. En el infiernillo de alcohol. Y cambiarás el cristal de la ventana. Tendrás también que limpiar las huellas de sangre. Estoy dispuesto a encontrar el asesino, Ben, porque sé que, si no lo hago, sería peor. Cometerías alguna imprudencia.

—Sí. Me cuidaré de todo.

En la alcoba, sentándose, colocó Delaney sobre una mesita una gasa limpia. En ella resaltó la negrura de un pequeño objeto cilíndrico, achatado por un extremo. Por el otro se adelgazaba en curva suave hasta terminar en punta.

—Calibre nueve. Y por el modo en que estaba incrustado, la dispararon a menos de veinte metros. Habrá unos diez, máximo, desde la ventana al sendero, pero no dispararon desde el sendero. Comprueba tú mismo, Ben. Tu índice penetrará, recto, en el orificio del cristal. No saltó en astillas porque la bala penetró con impulso. A veces, me he entretenido leyendo cosas de balística.

Una sábana cubría ya el cadáver. Llamó Delaney:

—Ven aquí, muchacho.

Hacía saltar en la palma de su diestra la bala.

—No estás familiarizado con todo esto, pero hay cosas evidentes. Toma. Mírala. ¿Qué ves? Describe a tu modo, Ben. Es desagradable todo esto, pero vamos con el mismo fin. Encontrar al que mató. ¿Qué ves?

—Una bala. Oscura.

—Plomo. Y tendrá que haber, por algún lado, un casquillo, salvo que el asesino se dedicara, de noche a oscuras, a buscarlo, cosa que dudo. ¿Qué más ves?

—Hay como una pequeña espiral, muy tenue.

—¡Eso! ¡Eso es! Todos los cañones de pistola tienen una estría que sirve para aumentar la rotación de velocidad, pero que no deja huella en el plomo. Salvo cuando hay un defecto, en el silenciador, en el estriado, o en la recámara. Voy a echar un vistazo por los contornos.

Delaney estuvo paseando bastante tiempo, como quien busca algo que ha perdido. Comprendía que muchas cosas fáciles evidentes para un

policía, resultaban incógnitas para un profano.

El problema, era al parecer, sencillo. Alguien había disparado a la altura de aquella ventana, hacia las once, cuando Lavern se disponía a acostarse.

¿Desde dónde?

Se reclinó contra el poste, y algo se hincó levemente en su espalda a través de la ligera tela de su americana.

Se rascó, volviéndose. Una astilla, varias astillas. Las clásicas incisiones hechas por las especies de hoces que en los pies llevaban los operarios eléctricos, reparando averías...

Se inclinó, súbitamente atraído por algo interesante. Entre el césped el sol hacía rutilar el cobre de un casquillo.

CAPITULO IV

En la alcoba, recogió sobre la gasa el diminuto trozo de plomo. Ajustaba bien. Calibre nueve. Y una pequeña rayita hendía el casquillo.

—Algo imperfecto en la recámara de la pistola que disparó esta bala — comentó en voz alta—. No es del cañón porque el casquillo tiene también una raya, no en estría, porque no rueda, sino que al desprender el plomo, salta a un lado. Un interrogante muy sencillo, porque puedo ya contestarlo, Ben. Es indudable que quien disparó, ignora que su pistola tiene este defecto.

—¿Por qué?

—Los profesionales del gatillo tienen en mucha estima sus herramientas. El interrogante es sencillo. ¿Quién posee una pistola calibre nueve, con una rebaba saliente en la recámara? ¿Quiénes pueden estar interesados en la muerte de Oscar Lavern?

—En el gimnasio hubo alguno que habló demasiado, sin darse cuenta que yo estaba en la ducha. Dijo que mi padre, al retirarse, se había creado tres enemigos mortales, que no le perdonarían que no siguiera comprometiéndose, porque algún día podría delatar hechos pasados.

—¿Quiénes eran estos tres enemigos mortales?

—Guy Watson, Donny Kring y Gian Ludovici.

—Les conozco, aunque hasta ahora no me han convencido, ni podrán convencerme, puesto que juré a tu padre, como primera condición para casarme con Joyce, que abandonaría mi ambiente. El ambiente en que crecí, y que ya no encuentro ahora desagradable, sino muy útil. Tú no podrás llegar hasta los garitos donde ellos se parapetan. Yo, sí.

—Tú, sí, Smart, pero soy yo el que debo exponerme.

—Por partes, Ben. Yo tengo experiencia. ¿Qué irías tú a hacer entre ellos? No te van a enseñar sus armas. Yo tengo más posibilidades. Juegan al póquer, y dejan sus cintos colgados de la percha o en el respaldo de una silla. Se habla de las ventajas o inconvenientes de cualquier arma, de calibres. Me es fácil a mí, ir mirando las pistolas de los pandilleros, aunque una faena así, me parece más bien obra de uno cualquiera de los tres capitostes que antes has mencionado.

—¿Por qué?

—No mandarían a uno. Sería exponerse a un futuro chantaje.

—Tengo que ir contigo, Smart.

—Llegado el momento, te avisaré. Estoy muy de acuerdo en que te tomes la venganza por tu propia mano, y estoy decidido a darte la ocasión. Vamos abajo y llama a tu hermana.

En el salón, al entrar, preguntó Joyce nerviosamente:

—¿Por qué no has hecho desistir a Ben de su intención?

—Hubiera sido peor, Joyce. La policía es lenta en sus investigaciones, al no contar con facilidades. Tu hermano no habría esperado. ¿Cómo crees que le hubieran recibido los matones entre los cuales está el autor de la muerte?

—Ben me ha explicado tus deducciones, pero yo sé una cosa que él ignora.

—¿Dónde está ahora?

—Se quedó arriba. Es horrible todo esto, Smart: Tú vas a correr peligros.

—Ninguno. Ellos me consideran uno más, sin estrenar, pero que un día u otro hubiera caído. Por suerte, te conocí.

—Guy Watson... Cuando su banda atacó a mi padre, tú...

—Eran tres y murieron. Guy Watson siempre creyó que era tu padre el que los liquidó. Formó nueva banda. Pero estabas diciendo que tú sabes algo.

—Ayer llegué un poco antes. Vi un coche parado. La puerta de la valla, abierta. Me entró miedo, y respiré cuando vi que era Jake Eberhart el que estaba conversando con mi padre. No pude oír, pero, de pronto, mi padre le cogió por el cuello, lo zarandeó, y, abriendo la puerta, le dio un puntapié. En el suelo, antes de levantarse para irse, dijo Jake Eberhart: "Me las pagarás, y pronto". Yo no aludí para nada a esto. Esperé, escondida.

—Bien. Entonces, son cuatro los posibles asesinos. Jake Eberhart es una rata inteligente.

—Smart, ¿qué he de hacer?

—Quedarte tranquila, aquí. Como si nada hubiera pasado. Es la manera de terminar pronto. Se delatará a sí mismo quien mató, si ve que no ha intervenido la policía, ni la Prensa anuncia la muerte de Oscar Lavern. Yo conozco la mentalidad de esta gente, porque no en vano he crecido entre ellos.

—Pero...

—Deja que Ben y yo lo arreglemos. Puede que Carol Eberhart venga. Le dirás que tu padre salió para un viaje de negocios, de unos días, y que no sabes cuándo volverá.

—Se veían todas las tardes, en el Parador del Cruce hacia las siete, cuando ella dejaba su tienda de modas.

—Entonces, yo mismo iré a hablar con ella.

En el coche, camino de la ciudad, expuso Ben:

—Esta noche, yo, con mis propias manos, construiré el ataúd. No es una irreverencia, porque después, cuando ya quede vengado, entonces...

—Sí, muchacho. Y ahora, fíjate bien. Es esencial que te comportes como siempre. Hay que apretarse con el puño el corazón. No debes mostrar tu pena a nadie. El asesino estaba esperando lo lógico. Policía, periodistas... Se sentirá inquieto cuando compruebe que, al parecer, ha fallado. Debes, pues, ayudarme así. Comportándote como siempre, normalmente. Será un gran esfuerzo, pero mañana noche, subirás al *ring*.

—Era un combate en el que yo tenía puestas todas mis esperanzas. Me hubiera gustado tanto que él... asistiese...

—Boxearás mejor que nunca, Ben. Yo no tengo cultura, ni sé hablar de cosas del espíritu. Pero tu padre tenía alma, y era muy firme. Y su espíritu te alentará a ganar mañana.

—Sí, Smart. Gracias a ti, Joyce y yo nos sentimos conformados.

—Irás ahora a la piscina, como siempre. Hoy no te entrenas, ¿verdad?

—No. Esta tarde es el pesaje.

—Bien. A pesarte y a fingir tranquilidad. Y ten cuidado, Ben. Si dieras un paso en falso, por impaciente, me comprometerías.

—No haré nada distinto a lo que acostumbro, Smart. Vas tú a exponerte, y sería yo un desagradecido si te comprometiese. Suerte, Smart. De todo corazón, hermano.

* * *

Petty Cogley, efectuado el pesaje, y de nuevo embutido en su vistoso traje a cuadros, rió con petulancia, al ser interrogado por un periodista.

—No me gusta presumir, pero ya puede tomar nota, plumífero. En veintidós combates, he tumbado, por más de la cuenta a catorce, y solo he perdido dos, cuando debutaba. Tome nota, plumífero. Este gallito que me echan mañana, no me durará más allá de cinco asaltos.

—K.O. Ben no es una peladilla. Ocho peleas ganadas por fuera de combate, el título de campeón de Springfield, y hace quince días noqueó en el séptimo a Joe Walter.

—Yo soy el primer boxeador de verdad con quien va a darse de narices. Noquear a ocho estudiantes, ¿qué? Joe Walter, ¿qué? Más blando que la mantequilla. La bolsa es al vencedor, ¿no? Las apuestas están ocho a dos, a mi favor, ¿no? Y saben que yo nunca jugué sucio. Me interesa llegar al Madison neoyorquino. ¿Algo más, amigo?

—Que gane el mejor.

—Este nene guapo —dijo Cogley, tocándose el pecho—, este nene guapo es el mejor.

Petty Cobley anduvo unos pasos, deteniéndose de nuevo cuando le tocaron en el ancho hombro. Otro periodista. Convenía tenerlos a favor.

—¿De qué papel, amigo?

—Le llevo adonde quiera, Petty. Tengo el coche esperando.

—Voy aquí cerca. Pregunte y acabaremos, plumífero.

—Míreme despacito, Petty... Con calma. Desde la corbata hasta los bolsillos. Eso es... Un ratito de charla... Siga con las manos en los bolsillos, Petty. Saldrá ganando, si me hace caso. Es una conversación de negocios.

Petty Cobley exhaló una profunda inspiración. Pasaba gente, pero las balas iban más deprisa que el más veloz transeúnte.

Prefirió condescender, porque aquel desconocido tenía algo muy decidido en el rostro, y algo sólido en el bolsillo derecho.

En el coche, lo empujó Delaney un poco para ocupar el asiento tras el volante. Arrancó.

—No trabajo para nadie, ni me envía ningún consorcio, Petty. Además, usted es todavía poco taquillera para interesar. Yo le garantizo que KO. Ben le dará el desquite.

—¿Qué desquite?

—Y entonces pelearán sin truco. Le advierto que Ben no sabe nada. Pero yo pienso administrarle. Mañana, él ganará en el cuarto asalto, si no puede antes. No sea tonto, Petty. Si gana usted o avisa al Box Office o a la policía, me podrán solamente acusar de intento de soborno, ya que negaré toda amenaza de muerte.

—¿De... muerte?

—Me llamo Smart Delaney. Pierda usted mañana en el cuarto asalto de modo que no quede en entredicho su honrado profesionalismo, y le doblo la bolsa. Como anticipo, este billete grande. Cójalo... Y si tuviera la mala ocurrencia de ganar, no leerá los periódicos deportivos de la siguiente semana.

—¿No...? ¿Y por qué?

—Los muertos no leen. Garantizado. Puede apearce, Petty.

—Oiga, usted... ¿Va en serio?

—Yo no cuento chistes, regalando un billete grande como anticipo.

—Es que las apuestas están ocho a dos.

—No apostarán más allá de un centenar. Salgo perdiendo dinero. Créalo, Petty. Se desquitará, si puede, en la segunda pelea con K.O. Ben. Le pagaré otros quinientos, de once a una de la mañana, cualquier día a partir del domingo, en mi apartamento, número 153, en la West 12. Si me ahorro quinientos, será porque usted se confundió conmigo. Ya puede bajar, Petty.

Petty Cobley bajó, convertido en sudoroso amasijo el billete de cien.

Se alejó del coche conducido por aquel extraño sujeto, de simpática presencia. Petty había visto a algún que otro pistolero matón. Fanfarrones, poniendo caras amenazadoras.

Aquel Delaney era peor. No cabía duda que seguiría ostentando una simpática sonrisa mientras apretase el gatillo.

Entró en un bar para reconfortarse con un vaso grande de leche malleada. Conocía la dirección de Delaney. Podía avisar a la policía.

Después...

La policía sabría quién le había matado.

—Ni hablar, hombre —afirmó, malhumorado—. Vaya nene el estudiante ese.

—¿Cuál, Petty? —indagó el dueño del bar.

—Mi abuelo. Vete a ordeñar tu vaca y tráeme otro vaso.

CAPITULO V

La mujer sentada junto a la ventana esquinada del discreto parador, había cumplido los treinta. Tenía un atractivo indefinible, realzado por la estudiada distinción de su modo de vestir.

Carol Eberhart, nacida vienesa, consideraba a los hombres fáciles víctimas. Graciosas víctimas. Miró de nuevo su reloj de pulsera. Generalmente, el que esperaba era Lavern. La esperaba como un fiero dogo domesticado.

—Buenas noches.

Alzó ella el rostro. Sonrió con su habitual facilidad.

—Buenas noches, Delaney. No sabía que concurriese a este apartado lugar campestre.

—¿Puedo sentarme?

—Ya se ha sentado. Le notifico que estoy esperando a un candidato celoso.

—No vendrá Oscar Lavern.

—Me parece que se anticipa excesivamente a nuestro futuro parentesco, Smart. No se ha casado todavía con Joyce, ni Oscar...

—... Se casará tan pronto como usted desea, Carol.

—No me haga reír —silabeó ella, muy seria.

—Nuestro conocimiento es muy superficial, Carol. Yo acompañé a Joyce a su tienda. Estuvo usted amabilísima. Después, nos saludamos en tres ocasiones... ¿Recuerda la segunda?

—No es usted nada feo, Smart, pero tengo mala memoria.

—Iba usted perdiendo al póquer, en el garito de Donny Kring. Y le aseguré que no diría nada a Lavern. Cumplí.

—Ya le dije entonces que Kring quería estar seguro de que mi hermano no... En fin, Smart, ¿a qué ha venido?

—La vi sola, aburrida, y como Lavern tuvo que salir de viaje, he pensado que un poco de compañía no le disgustaría.

—Oscar me hubiera avisado, si se hubiera ido.

—Fue repentino. Créame. Muy inesperado. Pero no se preocupe. No peligra la tienda.

—¿Qué está divagando ahora, Smart?

—Suelo ser algo entrometido, pero desde que Joyce aceptó casarse

conmigo algún día, me interesé por mi posible futura suegra. Bonita, fascinante...

—Gracias. Tengo espejo.

—A finales del año pasado, una tiendecita oscura en la 47, cerca de los olores a establo de los Stock Yards. Y en febrero de este año, una lujosa tienda en pleno North Avenue, con tres escaparates, cinco maniqués y varias oficiales. Un capital de cerca del medio centenar de miles, sin contar telas, modelos exclusivos parisieneses...

—No pensará hacerme la competencia, Smart.

—Yo no tengo la fortuna de Lavern.

—¿Sabe que, si le repito esta conversación a mi prometido, no le gustará nada en absoluto?

—Pudo decirle antes que, casi lo mismo que acabo de exponer, ya se lo expuso a usted Guy Watson.

—Me supone amistades poco recomendables, Smart.

—No podemos engañarnos mutuamente, Carol.

—Ni tengo la menor intención de compartir nada con usted, nada.

—Debería ser más amistosa. No le gustaría a Lavern saber que la vi en el garito de Donny Kring, y revelarle que usted y Guy tienen una buena amistad solapada...

—¡Maldito... chantajista...! ¿Qué te propones, chico listo?

—Vaya cambio de modales, señora. Ha sido como si de pronto le cayera la máscara al modelo de finura que pretendes ser, sin que lo viera Lavern porque se enamoró de ti perdidamente. Juegas con fuego, Carol.

—Tengo la suficiente influencia con Oscar para desmentir todas tus cobardes insinuaciones.

—No son cobardes, puesto que te las canto, y me las callé con él. Para muchos es un secreto que Guy Watson eligió a Lavern para dar un golpe grande. Te lo habrá contado Guy. Eran cerca de doscientos mil los que se proponía repartir Guy con Lavern. Pero Lavern decidió entonces retirarse. La casa le costó cerca del medio centenar. Otro tanto empleó en tu tienda. Y con el centenar que queda, ¿qué debías hacer? Averiguar dónde lo escondió Lavern, ¿no?

—¿Quién juega con fuego, Smart?

—Tú sabrás. Lo cierto es que Lavern nunca sospechó que, tan pronto empezó a hacerte la rosca, rondaron como buitres Guy Watson y Donny Kring. ¿Qué te prometió Watson? ¿Cincuenta por cien y vida tranquila? ¿Y Donny Kring? Es asunto tuyo, Carol.

—No entiendo lo que te propones. ¿Qué le has dicho a Lavern?

—Nada en absoluto. Sabía que estabas esperando aquí, y no quise que perdieras el tiempo. Lavern no vendrá hoy, ni mañana ni pasado. Tardará... Se marchó esta noche, de pronto. Díselo así a Jake.

—¿Qué le importa a mi hermano lo que haga o deje de hacer Oscar?

—Verás... Parece ser que le dolían los fondillos a tu hermano, ayer tarde. Un puntapié de Oscar en el trasero.

—¡Mientes más que hablas, Smart! Mi hermano nunca se atrevió a hablar con Oscar.

—Ayer tarde, sí. Una conversación animada. Un poco más, y Lavern lo estrangula. Quizá el viaje repentino de Lavern tenga algo que ver con la visita de tu hermano.

—Ayer tarde, a las siete, estuvo aquí Oscar, y no aludió para nada a Jake.

—Discreción.

—Me gustaría que te atrevieras a repetir esto delante de Jake.

—¿Por qué no?

—Voy a llamarle por teléfono. Vendrá a mi tienda.

—Todavía no es tuya, Carol.

Fue ella a telefonar. Después, Delaney la siguió a poca distancia y a la velocidad que ella misma imponía.

* * *

Jake Eberhart, abrigado el pelo, ceñido como un casco a su estrecho cráneo, se alisó el finísimo bigote, y rectificó el ajuste del nudo de su corbata.

En el recibidor, taconeaba una mujer. Y, aunque fuera su hermana, en Jake, cualquier taconeo provocaba un afán de acicalarse aún más.

—¿Qué tal, nena? He venido como un rayo.

—No te acerques, Jake. Vas a decirme qué hiciste ayer tarde.

—¿Ayer tarde, nena? Vaya manera de recibir a tu hermano, después de semanas sin vernos... Desde que has mejorado de posición, te olvidas demasiado de tu hermano, nena.

—¡Contesta, Jake! ¿Qué hiciste ayer tarde?

—Más o menos, lo de siempre. Déjame recordar... Llevé a pasear a una chica que está loca perdida por mí. Terminamos con una sesión de cine, y a las ocho, cenando.

—¿Seguro, Jake?

Jake tenía casi tanta maestría como su hermana en mentir. Puso cara de ultrajada virtud.

—Me resulta penoso ver que mi hermanita, mi propia...

Se interrumpió en su lastimera protesta. Para actuar con la rapidez del que vive siempre alerta. Un salto al costado y la diestra hacia el bolsillo trasero.

Pero el que irrumpía, le ganaba en velocidad.

—¡No le hagas daño! —exigió Carol.

Delaney estaba ya a espaldas de Jake, porque lo forzó a volverse, hincando una rodilla en sus riñones, después de asirle los codos.

Sin haberla tocado su propietario, cayó al suelo una pistola. Y Delaney recogió la herramienta extraída del bolsillo posterior de Eberhart.

—Tranquilidad y buenos modos, Jake. Comprenderás que tu hermana no me trajo para hacerte daño. Anda, explícale lo que fuiste a decirle a Oscar Lavern, ayer tarde.

Jake, arqueado hacia atrás, dándose masaje en los doloridos riñones, miró primero la pistola de su propiedad, que sopesaba en la diestra de Delaney.

Después, buscó fraterna condolencia en los ojos femeninos, pero Carol, sentada, encendiendo un cigarrillo, le miraba con absoluta carencia de buenos sentimientos.

Jake se inclinó un par de veces, comprobando que no tenía nada roto, y masculló:

—Sí que es bonito, preparar tú el camino a un...

Smart hizo intención de pegar.

—¡No pegues a Jake! —gritó ella.

—Fue un impulso incontenible. Anda, Jake, ratita... ¿No ves que Carol está impaciente? Y muy enojada. Eso que no sabe todavía que, como despedida, le dijiste a Lavern: “Me las pagarás y pronto”. Claro que el modo de despedirte él, fue grosero. Un puntapié, como a un perro sarnoso, a ti que siempre hueles a violeta... Anda, Jake, sé bueno, ratita... Dile a Carol que no volverás a sablear a tu futuro cuñado...

Jake se pasó la lengua por los delgados labios. Se decidió:

—Fue con buenos modos, muy en plan correcto. Palabra, nenita. Yo quise advertirle que, posiblemente, si Donny Kring, o cualquiera de los envidiosos, averiguaban que de siete a nueve se vería contigo en el parador...

—Un chantaje clásico —atajó Delaney—. Faenas más sucias haces, ¿verdad, ratita? Pero te falló. Lavern sabía que tú no tenías valor para acercarte ni por teléfono a Kring, o a cualquiera de esos que llamas envidiosos. Y te agarró por el pescuezo, sacudiéndote.

—Se puso furioso. Yo iba en plan correcto. Puesto que un día u otro íbamos a ser de la familia.

—¡Imbécil! —estalló Carol—. Ahora comprendo por qué ayer estaba él tan inquieto. Pensaba que a lo mejor tú avisarías... ¡Si averiguo que por tu culpa, Jake...! ¡Si Oscar se ha ido por tu culpa, yo...!

—Nenita, yo te juro que lo arreglaré.

Delaney tiró sobre un sillón la automática de calibre 6.35.

Un juguete muy propio del perfumado Jake. Era demasiado atildado para llevar un calibre nueve.

—Divertirse, hermanos. Siempre a tu disposición, Carol. Lo mismo

digo, ratita.

Ya en la calle, pensó que, de su lista de cuatro sospechosos, quedaba eliminado Jake Eberhart.

CAPITULO VI

Al sudeste de la ciudad, donde se espaciaban las edificaciones, abundaban los almacenes y garajes, dada la cercanía de la enorme estación ferroviaria, por la que afluían los productos de los estados vecinos.

Uno de estos almacenes y garajes, situado casi fuera de la ciudad, lucía grandes pancartas: Transportes Guy Watson.

En la nómina, renovada por defunciones repentinas, figuraban, en aquel mes de mayo, los siguientes asalariados:

James Looke, conductor de primera especial.

Virgil Borgersen, conductor de primera especial.

Russel Dixon, mecánico.

Harry Taylor, mecánico.

Albert Duff, conductor de primera especial.

Una dependencia que se alojaba en los Almacenes Watson, y que, teniendo a la vista los camiones, también tenía al alcance de la mano herramientas mucho más importantes que el instrumental mecánico.

Cada noche, dos quedaban libres de servicio. Los otros tres, permanecían en los locales anexos al garaje. Generalmente, trataban de mejorar sus beneficios, jugando al póquer.

La noche del viernes estaban de servicio Borgersen, el escandinavo de risa frecuente y falsa; Dixon, que se vanagloriaba de su ascendencia comanche, y Duff, flemático y mal intencionado.

Dixon bajó la pantalla hasta que iluminó, en el centro de la mesa, el recuadro con su verde tapete. Borgersen se ajustó la larga visera verde que impedía ver en el rostro las reacciones provocadas por la mano de naipes.

Duff rasgó la supuesta envoltura virgen de los cincuenta y tres naipes. Extendió con dedos rápidos la baraja, apartado desde el dos al siete, dejó el *jolly joquer*, y manifestó:

—Me debes treinta y cuatro, sueco.

—Este me debe cuarenta. Págame seis, tú, Dixon, y el resto dáselo a éste. ¿Quién lleva la cuenta?

—Le toca a Russ —dijo Duff.

Empezó la partida. Lentos abaniqueos del manojito de cinco, descartes, envites y tensa vigilancia de las manos ajenas. Fue amontonándose el dinero delante de Dixon.

Eran las once y siete minutos, cuando el zumbador fue tocando espaciadamente los once timbrazos reglamentarios de contraseña, correspondientes a la hora.

Cada uno de los jugadores fue a colocarse adecuadamente. La desconfianza era el lema constante que inculcaba Guy Watson a sus asalariados.

Abrió Borgersen, ventilando hacia dentro y cubriéndose con el portante. Los otros dos, a prudente y parapetada distancia, esperaron.

Entró Smart Delaney.

Todo en orden. Smart Delaney era amigo del jefe. Cerró el sueco, y regresaron a la mesa, para terminar la mano interrumpida. Cuando recogió Borgersen las ganancias de un fuerte farol, rió, brillantes los ojos:

—Me traes suerte, Smart. ¿Qué te pasa, Smart?

—Puede que tenga que hablar con vuestro patrón. Mientras, me sobran doscientos limpios. ¿Me dejáis que os enseñe a jugar?

—Me gusta más el póquer de cuatro —aprobó Dixon, acercándose al teléfono.

Tras varios intentos, localizó en un club nocturno a Guy Watson. Dijo:

—Este muchacho solitario, Smart Delaney, está con nosotros, jefe. Desearía echar un parrafito. Mientras, puede distraerse si usted ha de venir.

—Que espere —fue la contestación lacónica.

Dixon regresó a la mesa. Miró al que colgaba su americana del respaldo de una silla.

—Buena artillería, Smart.

En el cinto, Delaney hizo correr hacia atrás la funda negra doble, con sus dos automáticas.

Los otros tres tenían, cada cual, su preferencia. Dixon, al igual que Delaney hacía correr el ojal de la funda en su cinturón. Duff estimaba más práctico llevarla colocada sin funda entre pantalón y cadera.

El sueco, antiguo marinero, tenía predilección por los pantalones de recia tela, con bolsillos de abertura horizontal. En el derecho ampliado cabía su “Savage”, nueve largo.

—Llevas dos, y no trabajas para nadie. O tienes mucho trabajo tú solo, o presumes en exceso, Smart.

—Soy un presumido, ésa es la verdad. Russ. ¿A cuánto la apertura?

—A “pavo”. Para abrir, has de enseñar luego dos figuras como mínimo. Con nosotros, vale más el “ful” que el color. ¿Las cartas están de tu gusto?

—Valen. ¿Cuántos tienes tú de resto, sueco?

—Lo que ves. Pero si te firmo un pagaré, es como si tuvieras dinero en el Banco.

—No me fío de los Bancos. Los atracan. Yo pongo encima doscientos, y tú solo dejas ver un montón que no llega ni a treinta.

—El chico tiene razón. Tampoco le aceptaríamos a él un pagaré. Te voy a prestar hasta cien, sueco. Pero hasta fin de semana.

—Venga.

Los ojillos de Borgersen contemplaron con poco disimulado rencor al nuevo participante que no fiaba de sus pagarés. Pero los otros dos lo consideraban normal.

Se oyó de nuevo la risa del sueco cuando, por dos veces consecutivas, ganó.

* * *

Guy Watson, pequeño de estatura, entrecano el cabello, vestía con cierta elegancia. Tenía bastante éxito con las mujeres. Pero no estaba para galanterías, mientras, en su coche, escuchaba a la que le había telefoneado.

Cuando Carol Eberhart terminó, no abrió Watson todavía el contacto.

—El idiota de Jake no hubiera suscitado a Lavern la idea de fugarse, Carol. ¿Y a qué obedece que Smart te haya contado tantas cosas? Este chico me convendría en mi garaje.

—Puede contarle a Lavern cuanto sabe.

—Si lo hubiera querido hacer, ya Lavern te habría liquidado, Carol. Este chico, por lo que sea, no querrá que te cases con Lavern.

—Aprecias mucho a Smart.

—Porque tiene muchas agallas, y es inteligente. No es un bestia como el sueco, o un pistolero vulgar como los otros.

—¿No le propusiste a Smart que intentase sonsacar a Lavern?

—Se negó, y no se lo reproché. Además, enamorado como está de la hija... ¿Qué tratas de insinuar, Carol?

—De todos es sabido que Lavern solo tiene una amistad: Smart. ¿Por qué esta amistad?

—Lavern se dio también cuenta de que Smart vale.

—Lavern me ha contado muchas cosas, aunque, por ahora, nada referente adonde escondió el dinero. He sabido ganarme la confianza de Lavern. Una noche bebió conmigo. Yo le dejé beber... Habló de cierta noche de noviembre del año último.

Guy Watson se pasó la diestra por el cuello. Había recuerdos malos.

—En noviembre del año pasado, envié yo a Higgins, Nelson y Slatter, al tugurio del Stocks donde Lavern solía alojarse algunas noches. Los liquidó.

—No, Guy.

—¿Lo sabré yo? Los mandé precisamente para que me lo embalsen. Tenía que cantarme dónde metió el “paquete”. Cada vez que me acuerdo... Yo le di el plan, y el muy cerdo, en vez de volver al coche donde le esperábamos, se dio el escape.

—Pero la noche de noviembre, tus tres pistoleros no pudieron coger vivo a Lavern, porque éste se encontraba acompañado. Era Smart. Y fue Smart el que disparó contra tus tres matones.

Guy Watson dejó caer la diestra sobre el antebrazo izquierdo de Carol. Apretó, retorciendo. Era pequeño, pero robusto.

—Me haces daño, Guy. Suelta...

—¿Por qué me lo cuentas ahora, chiquita?

—Lavern me lo contó anteanoche. Estaba muy confidencial. Y yo titubeaba en decírtelo, Guy, para evitar que tú matases a Smart.

—Ya que Lavern salió de su madriguera, dile al caimán de tu hermano que, si acierta a dar con la pista de Lavern, se habrá ganado un par de miles, y mi protección. Dedícate tú también a ello. Es más que posible que Lavern se decida a visitarte. Ya no tenemos que dar más largas al asunto, y conviene eliminarlo cuanto antes.

Asentía ella. Añadió Watson:

—He pensado un truco bueno, ahora mismo, cuando meditaba sobre este chico simpático. La hijita de Lavern y Smart... No pensé antes, porque me interesaba contar algún día con Smart. Se acabó. Baja, chiquita. Y si mañana lees algo sobre una carroña encontrada en el lago, no se te ocurra nunca relacionarme para nada a mí, con la carroña de Smart Delaney.

CAPITULO VII

—Me has limpiado, Russ. Préstame cien —pidió Borgersen.

—Ni hablar.

—Préstame cincuenta, Albert.

—Véndeme tu maletín ese de cacharros de viaje.

Smart Delaney barajaba. La pistola de Dixon y la de Duff, eran del mismo calibre y marca. “Smith-Wesson”, 7.65. Dijo Delaney:

—Yo te presto, sueco. Pero déjame en prenda algo de valor. Tu pistola, por ejemplo.

Borgersen extrajo del bolsillo su “Savage” calibre nueve, dejándolo sobre la mesa.

—Esto, mal pagado, no lo vendo ni por quinientos. Es como si dijéramos la pala del fogonero. Si la vende, ¿con qué echa carbón?

—En prenda, tan solo. Buen cacharro. ¿Se puede ver?

—¿Vamos a jugar o a perder el tiempo?

Cogiendo la “Savage”, Delaney pulsó, y sobre el tapete quedó el cargador.

—No es mala, no —fue comentando, echando atrás el montante, para mirar la recámara, que colocó bajo el haz de luz—. Una recámara lisa, completamente lisa. Hay quienes no se fijan en eso, y se les encasquilla alguna bala, en momentos de apuro, por no haberse dado cuenta.

—¿Dado cuenta de qué? —indagó Dixon.

—De esto. La recámara. Basta un simple milímetro de acero que no ajuste, y después, cuando estás en un apuro, tarde es para reparar en el defecto. Yo dejé una vez mi “Browning”, por eso precisamente. Me enseñó esta pena un técnico.

Delaney colocó de nuevo la “Savage” sobre el tapete. Empujó el cargador hacia Borgersen.

—No se te rayarán las balas, sueco. Te presto veinticinco, sin prenda.

—Buenos son. Me toca a mí abrir. Tú das, Smart.

—Es pesado un nueve. Tiran igual los calibres más cortos, como los que lleváis vosotros.

—Este se empeña en llevar este armatoste. A nosotros nos dio este calibre el jefe.

—¿También a Looke y a Taylor?

—Sí, también. ¡Tú, sueco, habla!

—Paso.

—Paso.

—Abro.

—Voy.

El zumbador dio una sola llamada. Pasó un instante, y resonaron otras tres espaciadas.

—Pongo diez, Russ.

—Paso.

—Doblo, sueco.

—Bueno. Acepto. Dos cartas, Smart.

—Dame tres.

El timbre volvió a zumbar una vez.

—Van veinte más, sueco.

—Mis cinco de resto, ansioso. Si me ganas este fui de reyes, te...

Echó Dixon su trío de ases. Recogió el sueco el dinero. Fueron a abrir, y entró Guy Watson:

—Lleva el coche a mí apartadero, Russ. Vosotros seguid jugando. Hola, Smart. ¿Qué tal esa vida?

—Viviéndola. ¿Se puede hablar con usted?

—Ya lo creo que sí. Ven a mi despacho.

Penetró Watson en la encristalada habitación anexa a la sala donde siguieron en su partida los pistoleros.

Se sentó Watson, cercano el pie derecho al botón en resalte que le servía para avisar si precisaba ayuda.

Una simple presión, y acudían sin ruido, limitándose a encañonar al visitante molesto, hasta nueva orden.

—Tú dirás, muchacho.

—En una ocasión, me habló usted de un trabajo difícil.

—¿Difícil? No recuerdo.

—Se trataba de sondear a Lavern. Le dije que no aceptaba porque traicionar a un amigo, era la peor de las traiciones. Entonces, echó usted mano de otro recurso cuando supo que Lavern se había enamorado de Carol Eberhart.

—Sabes mucho, Smart.

—Me agrada enterarme, aunque no pregunto. Oigo, me cuentan cosas, y siempre las guardo para mí. Tanto es así, que, aun apreciando a Lavern, no le conté nada de Carol. Tan solo le dije que Carol tenía un hermano confidente de la policía. Se puso furioso, asegurando que la joven estaba enamorada de él. No insistí. Pero esta noche estuve hablando con Carol.

—Vaya, hombre. ¿Y qué le dijiste?

—Entre otras cosas, que Lavern se había ido.

—¿Adónde?

—No lo dijo ni a su hija.

—¿Cuándo piensas casarte con la chiquita?

—Pronto.

—¿Sí? A mí me han dicho que no te casarás con Joyce Lavern.

—¿Por qué no?

—Porque Lavern no quiere por yerno a uno de nuestro ambiente. Lavern te aprecia mucho, pero me consta que no te casarás con Joyce, al menos mientras esté vivo su padre. Siempre me hizo meditar mucho tu amistad con Lavern.

El pie derecho reposó sobre el tacón, en alto la puntera encima del llamador. Presionarlo hacía oscilar las luces de la “oficina”.

—¿Por qué te tiene tanta amistad Lavern?

La luz osciló sobre el tapete verde. Soltaron los tres pistoleros los naipes, para empuñar la culata.

—Será porque no traiciono a nadie, y esto tiene su mérito.

—¿Tienes buena memoria, Smart?

—Pasable.

—Exactamente el catorce de noviembre del año pasado, por la noche, en un bar de los Stocks, entraron en cierta habitación del piso alto, tres muchachos a mi servicio. Tres muchachos como estos tres que, desde la puerta y la ventana abiertas a tu espalda, te están enfocando.

—Como yo a usted, Watson. ¿No recuerda ya que me explicó eso del botón que hace oscilar la luz? Debió esperar a que dejara sobre la mesa, bien visibles, mis manos.

Watson se pasó la mano por el cuello.

En la puerta, Borgersen pensó que debía veinticinco dólares a aquel presumido.

En la ventana abierta, en el tercio superior a espaldas del hombre sentado, Duff y Dixon no pensaban. Se limitaban a actuar cuando se les ordenaba hacerlo.

—No pretenderás hacerme creer que estos chicos te dejarían encañonarme, Smart —dijo Watson, aparentando calma.

—Puede mirar, Watson. Me puse la chaqueta cuando usted entró. Pero hice correr la funda. Es muy práctica. Doble funda, una suelta, que puedo levantar con solo apoyar la mano derecha. Un gesto natural, casi maniático, aunque hable con el propio Lavern. La funda no tiene boquilla. No me importa quemarme la chaqueta, si usted me obliga a ello. Podrían éstos asarme, pero usted recibiría la primera ráfaga. Y de las que no fallan, porque, por debajo de esta mesa, la puntería no falla. En pleno estómago y vientre. Pero no he venido a eso Watson.

En la puerta, meditó Borgersen que, si moría Watson, perdía un jefe generoso. Si moría Delaney, moría un acreedor. La elección no ofrecía dudas.

—Quietos dónde estáis, muchachos. Seguramente, que Smart no querrá ponerse a mal conmigo, ¿verdad que no, Smart?

—Ya sé lo que quería saber. Usted está convencido de que no me casaré con Joyce mientras Lavern viva. Por lo tanto, lo único que desea averiguar es qué le ha pasado a Lavern. Tengo que irme, Watson.

—Ya conoces el camino.

—Si tuviera la bondad de facilitarme la salida, palabra que se lo agradecería. Dígales a los dos que están a mi espalda, que se pongan visibles junto a la puerta de salida. Se lo agradecería, Watson.

Guy sentía un hormigueo de cintura para abajo. Sólo abandonando su sillón, dejaría de estar encañonado bajo la mesa. Ordenó:

—Id a la puerta, vosotros dos. No me gusta tu actitud, Smart.

—Usted me ha obligado. Puede que Lavern se confiara en Carol, y le contase lo sucedido la noche de noviembre.

—Sí. Así fue. Así pasó. Y es que ni Higgins, ni Slatter, ni Nelson, conocían el recurso del piloto.

En la puerta, Borgersen entendió la alusión. Era endiabladamente listo, su jefe. Hablaba del “recurso del piloto”. No tendría, pues, que devolver el préstamo de los veinticinco dólares.

Un piloto escandinavo que, siempre que iba a pelear apagaba primero la luz, porque era nictálope. Este era el truco.

Borgersen, reclinado contra el quicio, pareció que iba a rascarse la sien. Tendría así el interruptor al lado, y, tan pronto lo tocase, se libraba del acreedor y hacía méritos, porque realmente el jefe estaba en situación comprometida.

—Higgins, Nelson y Slatter irrumpieron para quitarme de en medio. Les gané por la mano. Esto fue todo, Watson.

—¿Puedo levantarme para proteger tu salida, Smart?

En el cerebro de Delaney se mezclaron confusamente una frase que parecía fuera de lugar “el recurso del piloto”, y la sonrisa que, por ver primera, aparecía realmente alegre en los labios de Watson.

Vio de soslayo la torpe manaza del sueco, ascendiendo por la madera.

Se quemó la americana.

El sueco lanzó un gemido gutural. Guy Watson permaneció inmóvil, lívido.

Al fondo, Dixon y Duff adoptaron rápidamente posturas defensivas.

En el umbral, Borgersen se tambaleó hacia delante y hacia atrás, como un oso mareado. Sangraba su mano izquierda, y laceraba su bíceps derecho la segunda bala.

En pie, no dispada aún la nubecilla de humo. Delaney, y a un lado del despacho, encañonaba a Watson.

Pesadamente, se desplomó Borgersen.

—Inválido tan solo, hasta que lo reparen. Pase delante de mí, Watson.

Quiereirme sin más recursos de piloto ni trucos sucios. Le juro que si sus dos restantes matones no han adivinado mis buenas intenciones, será usted el perjudicado.

Watson alzó lentamente los brazos, sintiéndose cacheado. Tiró Delaney al suelo la “Smith-Wesson” calibre 7.65.

Y con el cañón de la pistola que mantenía con la izquierda entre los dos omoplatos de Watson, le empujó.

—Dígales que tiren visiblemente sus herramientas, Watson. Y que si le aprecian, no inventen nuevos trucos.

—Te estás comportando mal, Smart.

—Ya sé que tendré que vigilarme de ahora en adelante, pero da lo mismo. Desde el momento en que usted ya se enteró...

En aquel instante, Borgersen, con furiosa decisión, dominando el dolor de sus dos heridas, enlazó las piernas de Delaney.

Se tiró al suelo Watson, y Dixon disparó, mientras Duff, abandonando su apoyo en el guardabarros de un camión, acudía.

Delaney cayó sentado. Sobre los dos codos, recibiendo el peso del herido sobre el pecho.

Watson rodó por tierra sobre un costado. La espalda de Borgersen dificultaba la puntería, pero Dixon y Duff podrían...

Por bajo las axilas del que se sobresaltó consecutivamente tres veces seguidas, disparó Delaney.

Dio Duff un traspié, mirando repentinamente su estómago y el suelo, antes de soltar su arma.

Dixon se arrodilló, llevándose la mano al hombro derecho. Vació el resto del cargador en disparos inútiles.

Pesaba mucho el inerte Virgil Borgersen.

Watson corría hacia los dormitorios.

Delaney consiguió, por fin, zafarse del muerto que le había protegido, pensando dejarle a merced de los otros.

Salió con sigilo, pensando en algún truco por parte del inmóvil Dixon, que continuaba arrodillado, pero reposando sobre sus tacones.

Los había que morían así.

En el ahora silencioso garaje no se percibía el más leve rumor. Los pasos cautelosos resonaron.

Miró Delaney hacia los dormitorios. Cinco camas alineadas. Todo a oscuras, salvo la “oficina” y el despacho.

Watson había ya encontrado el fusil ametrallador “Thompson”, y apoyó el cañón en el borde izquierdo del umbral a ras de suelo.

Sabía Delaney que era allí dentro por dónde Watson andaba, y se inmovilizó.

No alcanzaría la puerta de salida, mientras los veinte metros estuviesen batidos desde los dormitorios.

Retedió para pulsar el interruptor. Quedó apagado el despacho. Pero la luz de la pantalla sobre el cuadro verde, seguía siendo suficiente obstáculo.

Agachado, adherido el hombro a la parte inferior del tabique, llegó hasta el rincón, a cubierto de la trayectoria desde los dormitorios.

Se enderezó, disparando una sola vez. Saltó en pedazos la pantalla, balanceándose el cordón, encendida aún la bombilla, que siguió proyectando luz, oscilando a un lado y otro, como un incensario.

Se había delatado. No podía disparar de nuevo, porque seguramente estaría Watson enfilando hacia el próximo fogonazo.

Tendióse a ras de suelo. Volvía la suerte a favorecerle. Una de las decrecientes oscilaciones proyectó una zona clara, y el redondo tubo del ametrallador a cinco centímetros del suelo, cabrilleó al herir la luz el acero del punto de mira.

Como en la guerra. Los que contaban sus hazañas, solían decir:

“Se trataba de la piel del otro o de la mía. No me había hecho nada, ni le tenía yo inquina, pero era él o yo. Por eso, puedo explicarlo”.

Y Delaney también quería “explicarlo”. No tenía nada contra Watson, pero éste le mataría, esta noche, mañana, a cualquier hora.

Tiró con fuerza la pistola que había recogido del bolsillo de Borgersen. Al chocar a cinco metros, rebotando, la pistola suscitó un eco de ladridos estruendosos.

Una decena de balas rociando el suelo, y otras tantas fueron a hincarse en la caja del primero de los tres camiones alineados.

Y Watson, en pie, siguió disparando frenéticamente describiendo un semiarco. Una de las balas tumbó de costado el cadáver sentado sobre sus tacones.

Delaney disparó dos veces. Una a media altura, otra, un poco bajo.

El tercer choque de la pistola contra el tabique de los dormitorios, había soltado los nervios del que acechaba sabiéndose también acechado.

Watson continuó con el “Thompson” entre las manos, pero inmóvil, con la mitad del cuerpo fuera.

Corrió Delaney hacia la puerta. Un local excelentemente escogido, por su aparcamiento.

Diez minutos después, quemaba su americana chamuscada, manchada de sangre de escandinavo.

Una de las frecuentes reyertas mortales entre pandillas de matones, comentaría al día siguiente la Prensa.

Fue conduciendo a poca velocidad por la pacífica Jackson Avenue.

En su departamento, tras ducharse, encendiendo el cigarrillo precursor de su sueño, pensó en Carol.

No podrían acusarle de nada. ¿Cómo iban a creer que un hombre solo había eliminado a cuatro profesionales del asesinato?

Pensó luego en Joyce. Ya no existía problema. Oscar Lavern no podía seguir negándose a que su hija perteneciera a “uno del ambiente”.

Aplastó la colilla. Con aquel calor, dormir desnudo era cómodo. Colocó sobre la mesita de noche, su favorita.

Una “Webley”, calibre nueve largo.

CAPITULO VIII

—He de hablar con el comisario.

—Yo soy su representante. ¿No ve la placa del tirante, ciudadano? Dígame de qué se trata.

El visitante del Precinto 12, que llevaba la cabeza vendada y vestía modestamente, insistió:

—Ha de ser con el comisario.

—Como quiera, ciudadano. Pero fíjese en lo que le digo. Si le enturbia el desayuno al comisario para contarle alguna bobada, al pasar por aquí le contaré yo una historieta de miedo.

Minutos después, el comisario Gregor, sin dejar de examinar un expediente inconcluso, invitaba:

—Puede sentarse. ¿Qué le ocurre?

—Me llamo Sam Weber, y trabajo en la Compañía Eléctrica, sección extrarradio, sector oeste, comisario. Duermo mal desde anteanoche, desde el jueves por la noche. Hubiera tenido que declararlo enseguida, pero me pareció absurdo.

—Ya no le parece tan absurdo, Sam. Veamos qué fue.

El comisario Gregor, apartando la vista del informe, señalaba la cabeza vendada del electricista.

—Verá cómo pasó, comisario. En la central oeste, la tormenta averió parte de nuestro sector. Tuvimos que buscar. No vamos por equipo, sino que cada cual tiene una fija. La avería no estaba en la mía, pero tuve que encaramarme a varios postes. Cuando se restableció la línea, y estaba yo quitándome los ganchos de los pies, recibí un golpe aquí.

Se tocó suavemente la nuca.

—En la Compañía y en casa, dije que me había resbalado. Cuando volví en mí, estaba atado con cables, y en forma sólida. Me habían amordazado con una de las gamuzas de engrase. Estaba yo, tumbado entre unos matorrales. Procuré ver si podía liberarme o rodar. No había manera. Y figúrese lo asustado que estaba yo.

—Figurado. ¿Qué más, Sam?

—Me pegaron desde atrás, y nada pude ver. El tiempo pasaba, y lo malo era que no podía, ni de lejos, imaginarme por qué me habían tratado así. Fíjese ahora, comisario. Oí unos pasos, y el ruido de unos hierros

cayendo en mi cofre. Y esto es lo raro. Quien fuera, se marchó. Ya había yo avanzado un poco, rodando, y pude sentarme junto a mi cofre. Al fin, conseguí segar un cable.

Resopló Sam Weber como si todavía le durase el cansancio.

—Y libre, comprobé que me habían golpeado, única y exclusivamente para llevarse y devolverme unos garfios de pies. Ni mi reloj, ni mi cartera, nada... Intacta la caja. Y camino de casa, pensé que, si contaba la verdad, se iban a reír de mí. Dije, pues, que me había caído. Sólo tengo el cuello con tortícolis, pero nada roto.

—Indique horas.

—Me golpearon hacia las ocho. Y calculo que era antes de la medianoche, pongamos hacia las once y media, cuando el que me pegó echó los garfios dentro del cofre. Yo las cosas que no entiendo, me mortifican. Por eso he venido. ¿Para qué querían los dos ganchos?

—Es un interrogante francamente misterioso. Bien, Sam, vaya a contárselo exactamente igual al policía que le atendió.

Dos horas después, el periodista gacetillero bostezaba, echando un vistazo al registro de denuncias. Comentó:

—Por este distrito no pasa nada, Goodman. Fíjate, en cambio, en lo de Garfield, qué buen asunto. Guy Watson y sus tres principales matones, acribillados. ¡Caramba! A falta de pan, buenas son tortas. Para la edición de la tarde, ya tengo un cuarto de columna relleno. “Sam Weber, espera, atado, tres horas, la devolución de sus garfios”. A lo mejor lo soñó o quiere leer su nombre, pero a mí me proporciona un cuarto de columna. Siempre es un suceso, y no inventado por mí. A falta de pan...

* * *

Ben Lavern llevaba enrollado en la diestra el periódico. Subió al coche.

—Hola, Ben. ¿En forma?

—Sí. ¿Has leído lo que ocurrió anoche en el garaje de Guy Watson?

Lo he leído. Todos ellos llevaban calibre 7.65, menos Borgersen, que tenía una “Savage” calibre nueve, pero con la recámara lisa y sin defectos. Eliminados, pues, los de Watson.

—¿Tú... les visitaste, Smart?

—Con la suficiente antelación para saber que no eran ellos. Ahora, has de pensar solo en tu combate, Ben.

—¿No sería mejor que Joy se fuera a Springfield, hasta que termine tu investigación, Smart?

—Está más segura en la casa. No es asustadiza. Y sabe que no debe abrir a nadie. Olvídate ahora de todo. Piensa únicamente que, si le ganas a Petty, te conviertes en alguien. Y puedes hacer una carrera decente en el *ring*, Ben. Tienes pegada, cerebro y una naturaleza sólida. No fuerces el tren hasta el cuarto asalto. Copley tiene más experiencia que tú, pero

menos pegada. He apostado por ti, Ben. Has de quedar ganador.

—He de ganar, sí. Como él hubiera querido.

—Eso es.

* * *

Petty Copley subió al *ring*, saludó, y fue a sentarse. Mirando las filas de *ring*, localizó al que le había dado cien dólares de anticipo.

Smart Delaney le sonrió, devolviéndole la ojeada. Una sonrisa simpática y una cabezada afirmativa.

Petty Copley dejó de interrogarse. Conocía al que acababa de tomar asiento junto a Delaney, mientras otros dos elegantes sujetos, se sentaban tras del recién llegado.

Donny Kring era conocidísimo, un tipo peligroso. Y estaba hablando, al parecer, amistosamente, con Smart Delaney.

Copley, en pie, estrechó cordialmente las manos vendadas de su próximo rival. Dijo, muy sincero:

—El que gana da el desquite, Ben.

—Por mí, trato hecho, Petty. Que lo anuncie el locutor.

Delaney, tras su saludo al *welter* Copley, miró al que acababa de sentarse a su lado.

—Hola, Smart. Poca gente.

—En silla cara, sí. Pero lleno, el resto.

Donny Kring, pecoso, rubio, tenía un buen negocio en su timba de la calle Este 43. Corrían rumores de que el licor que vendía no lo pagaba.

Lo adquiriría por hectolitros, a punta de pistola, asaltando camiones de contrabandistas.

—Te vio entrar un amigo, y me avisó. Vine para charlar un rato contigo, Smart.

—Encantado, pero me gustaría ver el combate.

—También a mí. ¿Tomaremos, después, un trago en mi bodega personal?

—De acuerdo.

Copley estaba dispuesto a perder en el cuarto asalto, pero decorosamente. No era blandengue aquel estudiante. Encajaba a modo en el estómago y flancos.

Y sabía lo que se hacía. No aceptaba el cuerpo a cuerpo. Aprovechándose, además, de su mayor envergadura. No le bastaba ser el pelele de una manada de matones. Encima, atizaba duro.

Petty Copley asestó un izquierdazo demoledor.

Y sudó, angustiado, en su rincón, mientras oía iniciarse la cuenca fatídica.

K.O. Ben, rodilla en el suelo, sacudió la cabeza, y se incorporó al quinto segundo. Atacó con denuedo, acorralando en su rincón a Copley, que, gustoso, aceptó el intercambio cuerpo a cuerpo.

Encajaba su rival más en el torso que en la mandíbula. Tendría que recordarlo. Sonó el *gong*.

—¿Por quién apuestas, Smart?

—Por K. O. Ben.

—No lo hace mal el chico. ¿Te has enterado de lo de Watson?

—Vaya escabechina.

—Y que lo digas... Vinieron a interrogarme. Se les antoja a los policías que yo robo licor a los contrabandistas. Lo era Watson. Y me querían colgar el muerto.

Ben Lavern amagó una finta, y Copley colocó un doble directo, descubriéndose. No lo hizo voluntariamente.

Se dobló a un lado, certeramente alcanzado en el hígado. Se arqueó, tratando de esquivar y bloquear el aluvión.

Sobre la lona, mentalmente, protestó. ¿No había de ser en el cuarto asalto?

—... ¡Cinco!... ¡Seis...! ¡Siete...!

Se levantó de mal humor. Le iba a parar los pies al estudiante.

Bloqueó con precisión el primer embate. Mientras se agarraba en *clinch*, susurró:

—Frena, ansioso.

Pero K.O. Ben estaba boxeando con ímpetu, porque quería triunfar, como había deseado su ídolo.

—... ¡Cuatro...! ¡Cinco...!

Exasperado, Copley se lanzó en tromba, al levantarse. El griterío era clásico. Se mascaba el k.o.

Ben Lavern asestó un directo, doblando en gancho. Copley colocó su uno-dos en la barbilla de su rival.

El *gong* sonó oportunamente. La ducha de la esponja benefició más a Copley que a K. O. Ben.

Comentó Kring, extrañado:

—Vaya combate. Pegan bien, estos dos. Tienes pupila, Smart. Sabes elegir hasta en los combates.

En su rincón, Copley, sometido al coloidal cicatrizante de su *manager*, mientras le masajeaban el estómago, oía los consejos:

—Estás peleando como un crío callejero, Petty. Le das lucha abierta. Debes dejarle que se reviente solo. Sabes más.

—¡Segundos, fuera!

Donny Kring dio con el codo a Delaney.

—¿Has visto quién está en aquel palco?

—No. ¿Quién?

—La modista que dicen se va a casar con Lavern.

—Ah...

—Es guapa.

Volvió a reinar el silencio. El combate valía la pena. Sangraba Copley por la brecha de una ceja, y K.O. Ben tenía el ojo izquierdo cerrado.

Se pegaban de veras, sin contemplaciones. Y Copley, medio sonado, se olvidó por completo del matón simpático y de Donny Kring.

Era un puro instinto el que le hacía apretar los dientes sobre el protector de caucho, con la rabia de demostrar que era el mejor *welter* del estado.

El intercambio sañudo, sin fintas ni reservas, entusiasmaba al público. Para eso pagaban. Para ver combates como aquél. Era la exaltación de la fuerza bruta. Dos recios muchachos sangrando y golpeándose en alternativa de yunque y martillo.

Un largo *swing* hinchó más la oreja derecha de Ben Lavern. Pero pudo así hincar un sonoro rechazazo en el flanco de su antagonista.

Y con alegre entusiasmo, levantarlo por la barbilla en aparatoso gancho de izquierda.

Petty Copley conocía el primer fuera de combate de su historial. Legítimo y espectacular.

Estaba aún chorreante de agua y medio consciente, cuando se dejó sacudir las manos vendadas.

Oyó, lejana, la voz de su vencedor:

—Hasta el desquite, Petty. Tuve más suerte que tú.

Delaney asintió cuando un individuo, lápiz en ristre, acudió, anunciando:

—La cuenta suma a su favor doscientos quince, señor. Ha estado acertado.

—Quédese los quince por el desgaste del lápiz.

—¿Nos vamos, Smart?

—Tengo que saludar al ganador, Kring. Unos minutos.

—Fuera estamos.

—No me esperéis. Ya iré a tu local.

—No falles, Smart.

—No fallaré.

En el vestuario, sometido a los cuidados de un profesional, Ben Lavern sonrió con cierta tristeza.

—Un buen combate. Ben. Mañana, te van a ensalzar cómo te mereces. No hubo tregua. Los dos pegasteis de veras. Este Copley vale. Pero tú le puedes. Escucha, no te acompañaré. Coge mi coche, y mañana ven a recogerme al mediodía.

—He visto al que estaba a tu lado, Smart. Déjame ir contigo.

—¿Adónde?

—Era Donny Kring.

—Somos amigos. Tú a lo tuyo. A reposar. Hasta mañana, campeón.

—Hasta mañana, Smart. Y... suerte.

—Seguro que sí.

Solo, en su vestuario, Petty Copley acababa de colocarse adhesivo sobre las cejas. Dijo, presuroso:

—He cumplido, ¿no? Y hasta lo adelanté, ¿no? Oiga, Delaney, no sonría así, hombre, caray. ¿No he perdido, o qué?

—Lo prometido es deuda Petty. Tienes el billete en el bolsillo superior de tu americana. Pero un poco más... Hiciste lo que podías. Ganó el chico. Mejor para ti. Y en el desquite volverá a ganarte. ¿Sabes por qué? Porque este chico no tiene novia. Adiós, Petty.

A solas, y después de comprobar que el billete era legítimo, rezongó Petty Copley:

—Ya verás tú, cuando vuelva yo a atizarle de firme a este muchacho, ya sin pánico...

CAPITULO IX

La mirilla en la puerta blindada equivalía al “Reservado el derecho de admisión”.

La puerta le fue ampliamente abierta a Smart Delaney.

Y nadie se opuso a que penetrara en el pasillo lateral que conducía a las habitaciones muy particulares de Donny Kring.

Los dos guardaespaldas se apartaron, y el mismo que abrió volvió a cerrar, apenas entró Delaney.

Donny Kring dejó de mirarse en el espejo que adornaba una pared del salón decorado con lujo llamativo.

—Últimamente, me está saliendo sarpullido en las mejillas. Dicen que es la sangre en primavera. Te recomiendo esta botella que has cogido, Smart. Es *bourbon* del chachi.

—A tu salud, Donny.

—A la ídem tuya, Smart. Hoy he estado pensando en ti bastante más de lo debido. Fue desde que leí lo que le sucedió al gavián de Watson y a sus buitres.

—¿Qué tengo yo que ver con Watson?

—Escucha, por mí, tanto me da que lo creas o no, pero me gustaría que confiases de pleno en mí. Yo soy como soy, con mis manías y mis cualidades. Cuando me enteré del golpe que le jugó Lavern a Watson, me estuve riendo un día sí y el otro también. Cerca de los doscientos mil... Vaya tajada, ¿eh?

—Suma un buen montón de billetes.

—Ahora que Watson ya no puede reclamar, Lavern estará más descansado.

—Pero sabe que tú y Ludovici andáis pensando en dónde pudo esconder el paquete.

—¿Ves? Esto es lo que me gusta de ti, Smart. No te muerdes la lengua. ¿Se puede hablar claro, sin que peleemos?

—Tú eres el dueño de la timba, Kring.

—Si te pregunto algunas cosas, ¿te amoscarás?

—Pongamos lo mismo a la inversa. ¿Si te pregunto, te rebrincarás?

—Haz la prueba.

—Mira, Kring... Tú, de todos los jefes matones de clan que conozco,

eres el más cabal, en el sentido humano. Si has apretado el gatillo, ha sido cara a cara, contra otros que no eran mancos.

—Y que lo digas... La gente, yo sé cómo es. Van por ahí chismorreando que si tengo dinero, que si gano plata... Como si me lo regalasen. Pero las tres balas que me sacaron del cuerpo, en diferentes ocasiones, demuestran las pegas y gajes del oficio.

—¿Qué calibre prefieres?

—Según y cómo. Para trabajar de cerca, basta un corto. Ahora, para darles el alto a los camioneros, prefiero un nueve largo. Mis muchachos también.

—¿No se te ha ocurrido pensar que, liquidando a Lavern, te sería más fácil hacerte con su escondido paquete?

—Ya lo pensé, pero sería del género idiota. Muerto, no hablaría. Vivo, menos. Watson estuvo más acertado... Por cierto, esta tarde vino a verme Carol Eberhart. No me gusta.

—Es guapa, dijiste.

—Sí, pero trabajaba para Watson, y ahora quiere saber dónde se ha metido Lavern. Dice que tú lo sabes.

—Claro que lo sé.

—Formidable. Da gusto charlar contigo. Échate más licor, Smart. Dice Carol que Lavern no quiere que te cases con su hija. Vaya ingrato. O sea que tú le sacas de un apuro, te debe el pellejo, y se sale con que quiere para su hija alguien nacido en pañales bordados. Este Lavern merecería que le dejáramos limpio y con lo puesto. La casa y la tienda de Carol, para él, pero el resto, que rondará los cien billetes... ¿No? —preguntó, ante el gesto del visitante—. ¿Por qué no?

—Lavern no dirá nunca dónde escondió el paquete. Ni a Carol, ni a mí. Se ha ido muy lejos, Kring.

—Pero, aunque esté en la Conchinchina, tú estás a partir un piñón con la hija. Ella está que bebe los vientos que tú respiras, Smart. No es que la vayas a sonsacar, pero, tal vez, ella misma hable.

—Joyce no tiene la menor idea de todo eso, Donny.

—Lo supongo. Pero sí te habrá dicho dónde se metió Lavern.

—Lavern ha muerto.

Donny Kring se dirigió hacia el espejo. Un repentino aflujo de sangre le escocía las mejillas.

Cogió un tubito de pomada y se embadurnó los granitos.

Por fin, pudo volverse y hablar normalmente:

—¿Qué broma es ésta, Smart?

—Lo mataron el jueves por la noche. Lo enterró su hijo, y hemos pactado que he de encontrar al que lo mató. Tampoco era Watson.

—Caray... ¿Y quieres decir que Lavern voló al otro barrio, sin revelar dónde escondió el botín de su faena?

—Así es. Yo voy buscando al que lo mató. Después, me casaré con Joyce. Y voy a decirte algo que a nadie diría. Del mismo modo que, salvo sus dos hijos, nadie está enterado de la muerte de Lavern, convencido de que tú no lo hiciste, voy a proponerte un trato, que te demostrará que estoy dispuesto a fiarme de ti, porque tú vas a fiar de mí. Que siga ignorándose que Lavern murió. Y si yo encuentro el lote, partimos.

—Bien hablado, Smart. ¿A cambio de qué?

—Primero, a cambio de saber lo que quiere Carol.

—Que yo te quite de en medio —sonrió Kring.

—¿Por qué, hombre?

—Ha venido a asegurarme que fuiste tú quien liquidó a Watson y compañía. Que Watson iba a verte anoche. Y que tú estabas trabajando para conseguir el permiso paternal de Lavern. Parecía muy claro. Lavern, temiendo a tres. A Watson, por la mala faena. A mí, porque voy tras el paquete escondido, y a Ludovici porque el ítaló no quiere que Lavern pueda delatarle, si se deja engatusar por la hermana de Jake, el soplón. Y yo pensé: “Smart está ansiando honradamente a una chica honrada. Si Lavern le pide que elimine enemigos, Smart, para ganarse la chica, lo hace”.

—Para ganarme a la chica, me hubiera sido más fácil matar a Lavern.

Donny Kring volvió a mirarse al espejo. Cerró los ojos.

—Caray, da gusto... Estamos hablando claro, ¿eh, Smart? Carol pretende que dejarte vivo, es exponernos a perder, porque puedes avisar a Lavern acerca de la clase de gata falsa que es ella.

—«Lavern quería a Carol. Yo le hubiera podido advertir, y no lo hice. Y ahora que está muerto, razón de más para demostrar que yo, vivo, sirvo más. Le incrustaron una hala del nueve. Una sola. En la cabeza.

—¿Y cómo se dejó sorprender?

—Alguien que conocía sus costumbres. Que sabía que a las once, aproximadamente, subía a su alcoba. Le disparó desde un poste. Encontré el casquillo al pie del poste. Una pistola con la recámara imperfecta. Una rebaba. Marcando el plomo y rayando el cobre. Calibre nueve.

—Que me registren, y mis hombres no trabajan por amor al arte. Yo les llevo. ¿Calibre nueve? Ludovici y sus dos mastines, tienen una colección de nueves. Pero, ¿qué sacaba el italiano con cargarse a Lavern? Un momento, un momento... Antes de que me escarbe el seso, ¿se puede hablar cómodo?

—Yo no maté a Lavern. Busco la prueba contra quien lo mató.

—Bueno... Estudiemos a Ludo. Es un bicho valiente, no lo discuto. Inteligente, de acuerdo. Pero con más mala uva que un vinagre con guindillas. ¿Y qué especialidad prefiere? El secuestro. ¿Está segura la hija? ¿No habrá pensado Ludo que, una vez fiambre el padre, puede sonsacar por el terror a la chica, o hacerte cantar a ti?

—Como no le cante *La Traviatta*...

—Hay quien cree que tú sabes dónde escondió Lavern el fajo.

—No lo sé. Si lo supiera, no hubiese venido a verte con un trato.

—Cierto. Pero Lavern tendrá en su casa papeles.

—No era hombre de papeles. Ni para escondrijos en la casa.

—Si te echo una mano, ¿partimos cuando des con los cien?

—De acuerdo, si también damos con el asesino. Yo me puedo acercar a Ludovici, pero no me enseñará su colección. Y menos, sus dos mastines. Pero tampoco a ti.

—Un momento, un momento. Ya te dije que Carol no me gusta. Puedo emplearla. La oferta que me ha hecho, hace que dependa de mí. Si ella, mandándoselo yo, va a ver a Ludo, diciéndole que te elimine, y que muerto Watson, ella quiere trabajar para el ítaló... Verás. La modista quiere tan solo que yo obtenga, como sea, la documentación que Lavern tendría en su casa, y según la cual su tienda es propiedad de él. Podemos planear algo magnífico. Déjame pensar.

Delaney se sirvió otro poco de *whisky*.

Kring paseaba lentamente. Era hombre de acción, hábil en apoderarse de la carga de camiones contrabandistas.

Pero las sutilezas traicioneras en las que se distinguía Ludovici, se le negaban.

Al cabo de unos minutos, se detuvo en su paseo reflexivo.

—Primero... Carol va a ver a Ludo. Le dice que ella tiene modo y manera de entrar en casa de Lavern. Segundo... Ludo pica. Le sugiere a ella, hora. Hora en que ella desconecta las alarmas. Tercero. Hora en que tú y yo, sin nadie más, esperamos que lleguen Ludo y sus dos mastines. Cuarto... Después de inmovilizar a los tres, tenemos tiempo para examinar sus calibres. Y a la vez, registrar la casa. Un plan sin fallo.

—Tu plan no es malo, así a primera vista, Donny. Pero tiene una base falsa. Confiar en Carol.

—A mí no me jugará una faena sucia.

—¿Sabe ella que esta noche nos hemos de ver?

—Sí. Pero no le dije que te iba a liquidar esta noche, sino a verte y oírte.

—Mañana al mediodía comeré con Ben y Joyce. Les explicaré este asunto del dinero escondido. Les hablaré de Ludovici como único posible asesino. Descartados Jake, al que interrogué, uno, Watson, dos; tú tres... ¿quién más podía tener interés y beneficio en matar a Lavern?

—Descartados los citados y tú, no veo más que a Ludovici. Y claro, para raptar a la chica o al chico, necesitaba primero eliminar a Lavern, o si no, éste hubiera ido recto a la policía, si le rozaban un cabello a sus nenes. No te creas, ya se me pasó por la cabeza, agarrarlos. Pero no entra en mi modo de pensar.

—Me consta, Donny. Mañana es domingo. ¿Descansamos? El lunes

volveremos a hablar de Ludovici. Y en cuanto a Carol, tranquilízala. Cuéntale lo que quieras.

—Hecho. El lunes, ¿dónde y a qué hora?

—Aquí mismo. A media tarde.

—Carol ha quedado en verme mañana noche.

—Entretenía. Puede que tu plan sea hacedero.

—Tiene gracia, caray. Ella pensando en que Lavern anda huyendo de no sabe qué... Y Lavern, tieso.

—No tiene gracia, Donny.

—Es verdad. No tiene gracia. Pero no puedo llorar. Al fin y al cabo, Lavern era un tío desleal. Se largó con un dinero, sin repartir con Watson.

—Hasta el lunes, Donny.

Kring acompañó personalmente hasta la planta baja a su nuevo aliado.

—¿Y tu coche?

—Lo presté a Ben.

—Te llevarán mis...

—Gracias. Prefiero andar solo.

—Y sabes apañarte. Hasta el lunes, Smart.

En la calle, Delaney empezó a pensar que, cuando la muerte de Lavern fuera sabida por Ludovici, también éste sacaría una conclusión semejante a la que insinuó Donny Kring, antes de profundizar en el problema.

Que él, Delaney, había liquidado a Oscar Lavern.

CAPITULO X

Smart Delaney solía bastarse con siete horas de reposo. Y como acostumbraba a acostarse varias horas después de la medianoche, su despertar oscilaba entre diez y doce de la mañana.

No necesitaba despertador. Su cuerpo habituado, empezaba a removerse cuando ya las siete horas de reposo se cumplían. Su mente le avisaba.

Y ahora estaba avisándole.

No había dormido las siete horas reglamentarias, y sin embargo, la mente le mandaba su señal de alerta.

La cortina mitigaba la luz del sol. No era ya de noche. Saltó, desnudo, para localizar de dónde procedía la alarma.

Alguien, desde el pasillo, estaba tratando de abrir la puerta del apartamento.

Un apartamento que, al igual que los otros tres del mismo segundo rellano, se componía de un mini recibidor, salita-comedor, una cocina elemental, un cuarto de aseo y, alcoba.

Delaney no hizo el menor ruido al pisar con los pies desnudos, mientras se aproximaba rápidamente a la puerta.

Vid cómo la mirilla giraba, manipulada desde el exterior.

Oyó el susurro de dos voces. Pero había un pestillo interior, y cadena de refuerzo.

Regresó a la alcoba, para apartar levemente la cortina del ventanal. Podía ver perfectamente el callejón posterior al edificio.

Dos individuos en la acera, miraban hacia su ventana.

Retrocedió, para efectuar, con movimientos precisos, una extraña manipulación. Recogiendo de encima de la mesita de noche su “Webley”, del nueve largo, sacó del cinto del pantalón la funda, con la otra pistola de calibre corto.

Corrió al cuarto de baño. Estaban ya sacudiendo la puerta del apartamento, sin más precauciones.

A un lado del espejo colgaba de un garfio una tela transparente de color amarillo, ribeteada de cuero. Tenía la forma de una bolsa grande de fumador de pipa.

Introdujo en la funda impermeable, la que contenía sus dos pistolas.

Cerró la cremallera, y aseguró las gomas elásticas que, entrecruzándose sobre la tela impermeable, formaron un paquete apretado, del que quedó sobresaliendo un largo cordón, que fue desenrollando.

Sacudían con violencia la puerta exterior.

Subido a un taburete, Delaney fue haciendo resbalar el paquete dentro del depósito-termo de agua, introduciendo los brazos hasta casi quedar sumergido el busto.

Afirmó el remate en un garfio interior, que, al igual que la placa ajustada a un lado, al fondo, no eran adminículos creados por la casa fabricante del depósito termo.

Cuando emergió el busto chorreante, y bajó del taburete, se secó con una toalla, y, envolviéndose en un albornoz, corrió hacia el recibidor.

La puerta estaba vibrando peligrosamente.

Delaney descorrió el pestillo, y colocó el garfio de seguridad de la cadena.

Restallaron los eslabones, al ser empujada la puerta con mayor vigor. Una voz, acostumbrada a ser inmediatamente obedecida, siguió exigiendo:

—¡Abra a la policía!

—Va enseguida. Pero dejen la puerta, o no podrá salir el garfio de su engarce.

Retrocedió, pasándose las manos por la cara y cabello.

Irrumpió primero un individuo ancho y de rostro taimado. Tras él, otro más joven.

—Comisario Gregor, el Precinto doce. Usted es Smart Delaney, ¿no?

—Sí, soy yo.

—Eche un vistazo por el piso, Cardigan.

El aludido pasó hacia el interior.

Delaney reprimió un bostezo. El comisario Gregor avanzó, señalando al pasar, el comedor.

—Está solo jefe, dijo su ayudante, instantes después, saliendo del comedor.

—Registre a fondo, Cardigan.

El ayudante pasó a la alcoba.

Sentóse Gregor, sin dejar de mirar a Delaney. Este manifestó:

—Doy por supuesto que tendrá motivos justificados para ordenar que registren mi domicilio, comisario.

—Los tengo, jovencito. Y también otra orden escrita, que me faculta para sostener con usted una conversación, que puede durar las horas necesarias, según sea usted más o menos testarudo. Ha tardado en abrir, Delaney.

—Duermo como un tronco.

—Será la conciencia tranquila, o innata desfachatez.

—La cortesía elemental, comisario, debe hacerle deducir que duermo

tranquilo porque mi conciencia nada me reprocha.

—Conozco el disco. Mientras Cardigan registra, tenemos tiempo para charlar ambos, antes de que le interroguen entre cuatro. Vayamos por partes, jovencito...

—Ya cumplí los veintiocho, comisario.

—Y hasta ahora, no podíamos acusarle de nada. Pero usted suele andar con armas.

—¿Yo? Han registrado por dos veces mi piso, y en otra ocasión me siguieron dos policías. No me encontraron armas. Yo no llevo más arma que la de mí inteligencia.

—Escuche, Delaney... Ha ejercido varios oficios. Y como lo sabe mejor que yo, haga breve la historia de su curriculum.

—Fui limpiabotas, y a los diecisiete fui repartidor de una librería. A los veinte, jefe de personal en un bar...

—En un tabernucho infame, donde era usted el matón.

—Tenía que vivir de algo. Después, ascendí, mejorando. Pasé a encargarme de una sala de billares.

—Y hace dos años que vive sin oficio aparente, pero tiene este piso, viste bien y no se muere de hambre, ni mucho menos.

—Juego a cartas con suerte y prudencia. Además, sé emplear mis ahorrillos. Eso es todo. ¿Se ha molestado en venir a visitarme para conocer mi historia vital?

—El más listo tropieza, Delaney. Esta vez, creo que, con toda su supuesta inteligencia, no tiene escape.

—Si tuviera algo que reprocharme ante la policía, no hubiera abierto tan amablemente.

—O quizá tuvo tiempo de ver que la salida por la escalerilla de incendios está cubierta por dos de mis hombres. ¿Qué prefiere? ¿Contestarme debidamente o venir conmigo a la comisaría?

—Prefiero primero vestirme, salvo que lleve orden escrita que me imponga presentarme en albornoz.

—Vístase. Y cuidado, jovencito... No piense que soy un ingenuo.

En la alcoba, Cardigan había efectuado ya un escrupuloso registro.

Los cajones abiertos, ropa tirada, la cama revuelta, una alfombra fuera de sitio, acreditaban que era concienzudo.

Estaba ahora en el cuarto de aseo.

Empezó Delaney a vestirse mientras, acomodado en una silla cercana, Gregor no le perdía de vista.

—Es libre aún de contestar o callarse, Delaney. ¿Puede decirme dónde ha estado entre la medianoche y las dos?

—Fui a un local de la calle 43 Este. No es su distrito. Encuentro, a veces, una buena partida.

—¿La timba de Donny Kring?

—Sí.

—¿Es un gran amigo suyo Donny Kring?

—Ni fu ni fa. Le conozco, como a tantos otros.

—¿Y la noche del viernes, ¿dónde estuvo?

—Según a qué hora.

—Pasada la medianoche.

—¿El viernes, pasada la medianoche...? Veamos, déjeme hacer memoria... Después de cenar, tarde, hacia las once, fui al cine... Sí, eso es.

—¿Qué cine?

—El Paramount.

—¿Con quién?

—Sólo.

—Ya. ¿Le vio la taquillera?

—Forzosamente. Yo, al menos la vi. Una rubia oxigenada, madura, pasable, pero con gafas de cristal muy grueso.

—La noche del viernes, entre once y una, hubo matanza en cierto garaje, al extremo este del Garfield.

—Lo leí ayer por la mañana. También conocía a Guy Watson, el transportista. Le falló el ametrallador, según he leído.

El comisario Gregor miró a su ayudante, que se dirigía ahora a la cocina minúscula, anexa al comedor.

Volvió a fijar con dureza sus ojillos astutos en Delaney, que se abrochaba los botones de la camisa.

—Y el jueves por la noche, ¿dónde se metió usted?

—Por lo que oigo, mis noches le interesan sobremanera, comisario.

—Lo que me interesa enormemente, es oír solo y únicamente la pura verdad.

—Y a mí, decirla. Si usted tiene mi ficha, que es virgen, por lo tocante a delitos...

—Por falta de pruebas, Delaney. Siga.

—Yo también tengo fichas. Se oyen muchos comentarios en determinados sitios. Que si el policía tal es así, que si ese otro es asá... Y usted es de los considerados decentes.

—Gracias, aunque todavía no sé si tomarlo a elogio o a insulto.

—Elogio. Es curioso, pero el delincuente siente respeto hacia el policía valiente y que no transige. Podrá desear matarlo, pero lo respeta. En cambio, a los que se dejan sobornar, los desprecia. Usted es de los tercios honorables.

—Me emociona horrores su buen concepto. ¿A qué viene el rollo?

—A que no voy a decirle sino únicamente y tan sólo la verdad. No me interesa someterme a preguntas de otros, si habré de decirles lo mismo que a usted.

—Puedo intentar el juego. ¿Qué hacía usted a las ocho, la noche del

jueves?

—Me preparaba a cenar.

—¿A solas?

—No.

—Vaya... ¿Quién tiene para darme la coartada?

—No preciso coartada. Estaba preparándome para cenar, y paseé en coche por la carretera 62 hacia Joliet.

—¿Dónde cenó?

—La chica tenía sus ideas fijas. Fue a comprar unos emparedados y unas bebidas de fruta. Quería cenar en la hierba.

—¿A las ocho de la noche?

—Me confesó que era sumamente caprichosa.

—¿No tiene usted una novia llamada Joyce Lavern?

—Joyce Lavern es mi novia y será mi esposa. Lo otro, son cosas de soltero.

—Ya. Quedamos, pues, que la chica “cosas de soltero” quería cenar en la hierba, y después... ¿Qué más quiso?

—Miramos la luna, las estrellas, ella cantó, volvimos a pasear, y sería cerca de la una de la madrugada, cuando la dejé.

—¿Dónde?

—En un cruce de la carretera 62. Me dijo que deseaba evitar ser vista, a aquella hora, conmigo.

—¿Dónde vive y cómo se llama esta nena tan especial?

—Se llama Janet Hanson. Me dijo que vivía en una pensión de señoritas de la calle 24.

Cardigan reapareció. Llevaba algo envuelto en un periódico.

Anunció triunfalmente:

—Ya tenemos lo que buscábamos, jefe.

—Vaya, hombre... ¿Dónde estaba, Cardigan?

—Escondido en una fresquera de la ventana de la cocina, jefe.

Smart Delaney pestañeó. ¿Qué habían encontrado?

—Llévelo al coche.

—Sí, jefe. ¿Subo de nuevo?

—Sí. Y pronto.

Salió Cardigan apresuradamente. Ya vestido, preguntó Delaney:

—¿Qué diablos encontró su ayudante?

—¿Conque una niña caprichosa que comía hierba, no? El que comió hierba fue un honrado operario electricista, al que usted pegó en la nuca, y que se preguntaba para qué necesitaba usted un par de garfios de esos que les sirven a ellos para subir por los postes.

—¿Eh?

—Tienda dócilmente las manos, Delaney. No es ciego, y ve perfectamente que en la izquierda tengo mi pistola. Tienda las manos.

Presentaba el comisario, con la derecha, las esposas, colgando uno de los cercos, y adelantado el otro.

—Un gesto poco amistoso, comisario.

—¡Venga, menos disimulo!

—¿De qué me acusa?

—Queda detenido por el asesinato de Oscar Lavern.

CAPITULO XI

Smart Delaney iba a formular una enérgica protesta, cuando permaneció, de pronto, como petrificado.

En el umbral del comedor acababa de aparecer un individuo.

Levantaba hacia su nariz un pañuelo blanco, ya anudado a la nuca.

El comisario Gregor especificó:

—Conocido ya el truco, jovencito. No miraré atrás, para que, aprovechando mi distracción, intente quitarme la pistola. ¡Vengan las manos de una vez, o de lo con...!

No pudo seguir.

El que se cubría la parte inferior del rostro con un pañuelo blanco, acababa de asestar un culatazo.

—¡Pronto, Smart! ¡Por la escalerilla! ¡Pronto!

La voz era sofocada por el lienzo.

—Están subiendo, por la principal, Cardigan y dos más. La calleja está libre, y tengo el coche abajo.

En el suelo, el comisario Gregor trataba de incorporarse.

Pero estaba casi inconsciente, y el enmascarado apartó de un puntapié la pistola, caída.

Delaney corrió hacia la ventana de su alcoba.

No era momento de pedir explicaciones. Bajó la escalerilla apresuradamente.

Su seguidor, sin quitarse el pañuelo que le enmascaraba, bajaba también a saltos veloces.

Roncaba el motor del negro “Studebaker”, con un hombre al volante, que pisó el embrague apenas saltaron al estribo, uno por cada lado, Delaney y su oportuno liberador.

—¡Dale gas, Owen!

El coche arrancó en brusca embalada.

Delaney cayó sentado en el asiento posterior.

A su lado, cerrando también la portezuela, echándose el pañuelo hacia abajo, y empezando a desanudarlo, comentó Donny Kring:

—Me avisaron de la comisaría que venían por ti para preguntarte, entre otras muchas cosas, por qué estuviste anoche conmigo. Tengo buenos amigos por todas partes. Vine arreando, con éste. Ya le conoces. Owen

Minnix, de toda confianza.

—¿Qué tal? —ganguéo el del volante, tomando una curva muy cerrada.

—Hola, Owen.

Expuso Minnix:

—A la que se fueron los dos de plantón, metí el coche, tal como me mandaste, jefe, pero hubo algún curioso que señalaba hacia la escalerilla por la que bajabais vosotros...

—No te ocupes sino del volante, Owen. ¡Dale más gas!

—Le doy, jefe, le doy.

Delaney, cruzando de brazos, cerró los ojos.

A su lado, Kring expuso:

—No me convenía que te encerrasen, Smart. Tenemos un negocio a medias. ¡Dale menos gas, Owen!

—¿Sí, jefe?

—No nos han seguido. Dale menos gas y al garaje del frutero.

El coche, aminorando poco a poco su velocidad, penetró por la amplia Avenida Michigan.

—Este frutero es un tipo por encima de toda sospecha. Me debe un favor y, cuando lo necesito, me presta su garaje, donde hay un par de catres. Un garaje particular, donde no entra nadie más que él y yo. Ahora, tú. ¿Cómo es que te dejaste pescar así de desprevenido, muchacho?

—Me pillaron durmiendo.

—Eso le puede pasar a cualquiera. Ni el más listo puede vivir sin dormir, o se convierte en momia sonámbula.

Al volante, Minnix se rió, jubiloso.

Comentó Kring, señalándole:

—A ése todo lo que digo yo le hace una gracia bárbara. Y no es un adulón. Es que somos carne y uña, desde que empecé en mis negocios.

Sabía ya Delaney que Owen Minnix era el clásico ejemplar de bruto sano, fiel como un perrazo a su amigo y jefe Kring.

Comentó:

—Ahora, Gregor... Tú verás, Donny.

—Ahora Gregor, cuando se repare la cresta, te va a dar una caza a fondo. A mí, no. Yo tengo ya siete coartadas fijas, y ése también.

Señaló a Minnix, que asintió solemnemente. Prosiguió Kring:

—Te dejaremos en el garaje, y, por la noche, vendré. No debes salir para nada, Smart, o lo echas todo a rodar. Yo me enteraré de lo que pasa contigo, por el amigo que tengo en comisaría. Dime la verdad, Smart. ¿Te cargaste a Lavern?

—Sólo y únicamente la verdad era lo que quería saber Gregor. Y ahora, huyendo, le doy la razón a quién me acusa. ¡Y no hay modo de que pueda adivinar quién me...! Sólo hay cuatro personas que saben que Lavern murió. Yo, tú, Joyce y Ben. Ellos dos no pueden haberme acusado. Tú,

tampoco.

—Contaste mal, Smart, Somos cinco los que sabemos que Lavern se fue al otro barrio.

—¿Cinco?

—Tú, yo, Joyce, Ben y el tipo que mató a Lavern. Mira, no te escarbes el seso, Smart. Esta noche yo te informaré al dedillo. Aquí en este garaje, estarás a cubierto de todo.

—Me será difícil permanecer inactivo.

—Descansa, que luego, ya entrarás en actividad. Yo me informaré. Y anochecido, sabrás quién te ha delatado...

—¡Ey!

—Quise decir que sabrás quién te ha acusado.

—Me esperaban a comer los Lavern.

—Déjalo para otro día.

—Haz que telefoneen simplemente diciendo que estoy bien.

—Se hará. Y ten bien presente que, apenas tenga la calabaza reparada, Gregor estará mandando sabuesos a casa de Lavern, si es que ya no los envió. Tómallo con calma hasta que venga yo a verte, Smart.

CAPITULO XII

Dos paquetes vacíos de cigarrillos. Un montón de colillas y ceniza en varios platos.

Y muchas millas recorridas a pie entre las cuatro paredes de aquel garaje subterráneo, desde que, por la mañana, Delaney había prometido esperar el regreso de Kring.

Donny Kring, a solas, abrió la puertecilla lateral del garaje que antes fue almacén depósito de frutas.

—Rediez, ¡cuánto humo! Podrías descorrer la rejilla. No te verán ni nos oirán. Da a la bocana ventiladora de los demás depósitos. ¿Mi compadre frutero te sirvió lo que quisiste?

—Sí. Me sirvió de todo.

—Ya comprendo que estás sobre ascuas, Smart. Pero te puedo sacar de apuros y llevarte al Canadá cuando llegue el momento.

—Antes de irme al Canadá, preferiría saber de qué me acusa Gregor.

—En firme, te acusan de haberte cargado a Lavern. Esta noche, los periódicos llevan, entre otras noticias, un recuadro precioso. Está tu retrato de frente y perfil. Ya sabes... Lo de siempre. “Peligroso criminal fugitivo,” etcétera.

Donny Kring sacó de su bolsillo un espejito redondo. Se miró, complacido, las mejillas.

—Me tomé, esta madrugada, unas hierbas... Oye, cosa sana. Se me han rebajado los sarpullidos y no me pican nada. Los granos...

—¡Al grano, Donny por el infierno, al grano!

—Pregunta por dónde quieras, Smart. A eso he venido.

—¿Los periódicos me dan como asesino de Lavern?

—Sí. Con pelos y señales.

—¿Qué dice Joyce?

—Eso es lo que emociona a los periodistas. Ella dice que es monstruoso, que es imposible, que ella está segurísima de que tú no puedes haber matado a Oscar Lavern: En fin, la chica te quiere de veras, Smart, tío chiripudo.

Delaney distendió la crispada faz.

—Chiripudo, ¿eh? Y aquí estoy escondido como un topo. Me habló Gregor de un electricista...

—Por ahí empezó la cosa. El electricista, un tal Sam Weber, fue recordando algo. El que le golpeó la noche del jueves, tras la tormenta, hacia las ocho, y que le devolvió hacia las once, sus garfios, tenía la cara tapada y llevaba abrigo. Pero tenía dos manos. Todos tenemos dos manos, claro.

Miraba Kring las manos de Delaney que, sentado al otro lado de la mesa, las tenía de plano sobre ella.

El anular izquierdo tenía un surco rojizo, abultada la piel en cicatriz hondamente marcada.

Señaló Kring la mano izquierda:

—El electricista ha declarado que su agresor tenía en la mano izquierda un dedo algo deforme, con una cicatriz larga, rojiza y abultada. Detalles que duermen en la mente, y que se recuerdan después. Y entonces fue a prestar voluntariamente su segunda declaración.

—Bien. Se llama Sam Weber. ¿Qué más hay que me acusa?

—La hala rayada, Smart. Encontraron la “Luger”, calibre nueve, con la recámara defectuosa.

—¿Dónde?

—En la fresquera que tienes fuera de la cocina, en la pared posterior, la que da a la calleja.

—O sea que eso era lo que se llevaba Cardigan... Escucha, Donny. Yo no he matado a Lavern.

—Me consta, por simple corazonada.

—Ya que tienes un amigo en la comisaría, puedes saber si alguien más que el electricista de marras, me acusa.

—Lo sé.

—Entonces, ¡ahí le tienes! ¡Ese es el asesino! ¡Quien denunció la muerte de Lavern, solo puede ser el asesino!

—¿Por qué?

—Tú mismo lo dijiste, al pasar cuenta. Nadie más, aparte nosotros y los hermanos Lavern, podía saber que Lavern había muerto. Salvo el asesino.

—La policía no ha estado severa con los hermanitos. Les dijo que su obligación era haber declarado lo sucedido, y enterrar decentemente a Lavern. Tuvieron en cuenta que Ben es un poco bruto, y que tú dominabas a los dos hermanos.

—¿Quién me acusó de asesinato?

—K.O. Ben, o sea Benjamín Lavern.

—¡No! ¡No puede ser! Ese muchacho, no.

—Fue a verle el electricista. Un chico listo, ese Sam Weber. Perdió muchas horas recorriendo postes, y encontró el apropiado. Según parece, los garfios, empleados por un técnico, marcan en sesgo poco inclinado, casi horizontal. Los no acostumbrados, por temor a no guardar bien el equilibrio, clavan muy profundamente, de un modo distinto, con sesgo casi

vertical.

El poste así marcado, estaba frente a la casa de Lavern. Llamó Weber, y le contó a Ben su hallazgo, y lo de la cicatriz.

Delaney empezó a pasear.

Ocho pasos hacia la puerta, otros diez hasta la pared terminal.

Kring volvió a sacar su espejito. Manifestó:

—Gregor va indagando si tienes pandilla. Comprobada mi coartada firme y honorable, ahora piensan que te sacó del lío algún desconocido de una pandilla que estabas formando o que tenías muy secreta.

Delaney volvió a sentarse. Dijo secamente:

—Hablemos claro, Donny. ¿Me crees tan embustero como para montar todo ese tinglado? ¿Iba yo a matar, y después fingir buscar una bala del nueve, disparada con recámara defectuosa?

—No ibas a ser tan cándido como para esconder tu pistola defectuosa en la fresquera. Puesto que, según declaró Ben, tú mismo extrajiste la bala.

—Exacto. ¿Quieres mayor prueba de mi inocencia?

—Sí, pero la policía a eso le llama cinismo. Alegan que, como tú no podías casarte con Joyce hasta que el padre lo permitiera, no quisiste esperar hasta la mayoría de edad legal de Joyce.

—De acuerdo. Entonces, ¿para qué diablos iba yo a complicarme buscando el asesino?

—Como cobertura, dice la policía. Fingías buscarlo. Y que hubieras matado a cualquier pelagatos, con tal de taparte tú. Pero anoche me dijiste algo firme. Me dijiste que yo era cabal, porque si apretaba gatillos es cara a cara, y contra tipos que saben que para vivir bien han de jugársela a modo, como me la juego yo. Y en el mismo concepto te tengo.

—Gracias, Donny.

—No me importa que todo te acuse, y ¡rediez, de qué modo...! Yo, en terreno muy distinto, claro, digo igual que tu chica. Tú no eres capaz de tanta comedia asquerosa. Pero, chico. Es que hasta la coartada que diste a Gregor era pura filfa.

—¿Cómo pura filfa?

—Sí, la referente a una tal Janet no sé qué más...

—Janet Hanson vive en una pensión de señoritas de la calle 24.

—No hay ninguna Janet Hanson en toda la ciudad, ni registrada en ningún hotel, ni pensión. ¿Quién es esta chavala?

—La conocí aquella misma tarde del jueves. Cuando empezó a llover. Una morena graciosa, que se protegía bajo un alero. En la parada de autocares de la línea de Joliet. Le hice señas desde mi coche. Vino, charlamos... Se fue hacia la medianoche, diciéndome que no quería ser vista a aquellas horas por su barrio.

—Pues esta morena te mintió.

—Y tanto... Ahora recuerdo que, cuando la vi, estaba junto a mí

aparcamiento habitual. Y sola, desde que arreció la lluvia.

—Bueno, pero no saques conclusiones falsas o precipitadas. Pudo ser una mocita a la que le gustaste, aceptó la aventura, pero quiso guardar su incógnito.

—¿Por qué?

—Vete a saber... De familia rígida, o tiene novio, o marido...

—Donny, ¿estás dispuesto a ayudarme?

—Oye, Smart, hay preguntas absurdas. ¿Quién le cascó la calabaza a Gregor? Lo sentí, porque es un buen hombre. Pero le di lo justo, sin apretar. No es un rendido hipócrita, él.

—Me ayudaste, porque teníamos, dijiste, un negocio a medias. ¿Me ayudarás si quiero demostrar que no maté a Lavern?

—Déjalo... Lo que te interesa es ponerte lejos, lo más lejos posible de estos contornos.

—No. Yo tengo que verme con Sam Weber, como sea. ¿Sabes por qué? ¡Porque miente! Y solo yo puedo saber que miente. Nadie más. Él y yo. Y me consta bien claro que no le quite los garfios. ¡Yo estaba con esa morena que me dijo llamarse Janet Hanson!

—No te excites, Smart. Por lo que comprendo, estás seguro de que te han metido en una encerrona.

—Una encerrona completa. Me enviaron a la morena esa, que me dio un nombre falso, que me engatusó para retenerme por la pradera, sin testigos, mientras otro mataba a Lavern. El mismo que ha pagado a Sam Weber para que les fuera a contar a la policía lo de un dedo deforme y con cicatriz. Mi dedo.

—¿Ludovici?

—Es capaz de esto y mucho más. Tiene una mente muy atravesada. Oye, ¿dan custodia a Sam Weber?

—No, porque suponen que tú estás ya lejos de Illinois.

—Voy por él.

—Muchacho... No darás muchos pasos sin que te metan mano. Tienes un tipo fácilmente identificable. Además, Ben te está buscando. Envió a su hermana a Springfield. Y el chico es bastante bruto.

—Eso es lo peor. Pero, ¿quién pudo enredar de este modo a Ben?

—Sam Weber. Ten en cuenta que el electricista tiene pinta de buen hombre, y lo que dice parece razonable.

—Te repito que solo él y yo, sabemos que miente.

—Aguarda un momento.

Donny Kring se dirigió hacia la puertecilla, la abrió.

Delaney le oyó llamar:

—¡Owen! Trae acá al “subepostes”.

Reapareció Donny Kring para añadir:

—Esta noche, Sam Weber hacía fiesta, y pensaba visitar un garito. Eso

dice. Yo le hice invitar por Owen.

Owen Minnix empujaba por la espalda a un individuo, lívido, que, adherida a la nuca una gasa, miró con temor a Donny Kring.

De pronto, se fijó en Delaney.

Bajó la vista y gimió:

—Dios mío. Dios mío...

CAPITULO XIII

Sam Weber miraba, fascinado, el dedo incurvado que Delaney hacía mover ante sus ojos, silabeando:

—Encomienda tu alma, Weber, puesto que eres creyente. No grites, porque no te voy a hacer daño. No, no pienso hacerte daño. Es más, podrás largarte bien lejos, y muy vivo, si hablas como es debido. En cambio, si mientes, te garantizo que me causará el mismo remordimiento que pisar una sabandija, aplastarte la cabeza.

Sam Weber pareció buscar alguna salida que le permitiera recobrar la normalidad de su respiración.

A su espalda, apoyándose contra la puerta cerrada, Minnix se soplaba las uñas de la zurda, abillantándolas después contra la solapa.

A un lado, Kring se miraba, satisfecho, en el espejito, que reflejaba cada vez menos intensamente las rojeces entre pecas.

Y delante, Weber veía a un individuo de cara impasible. Gimió:

—Yo solamente dije que me pareció haber visto...

—Un momento, Weber —atajó Delaney, avanzando un paso.

Weber retrocedió dos pasos. Gritó:

—¡Yo no he mentido! ¡Tuve que...! ¡Déjenme salir!

—Sam, no seas mal chico —intervino Kring.

Su diestra se apoyaba en un hombro del electricista endomingado.

La zurda abierta chocó suavemente contra la nuca dolorida.

Se encogió Weber, aterrorizado.

—Déjalo, Donny, por favor, déjalo. Me basto yo.

—Es que a mí los tercos embusteros me crisan los nervios, rediez. Tenemos asuntos pendientes importantísimos, Sam, muchacho. No hagas el remolón, hombre. Estamos perdiendo miserablemente el tiempo. Desembucha ya quién te pagó para contar embustes. Amartilla, Owen. Líquidalo, si tarda más de cinco segundos. Llevo yo la batuta, Smart. ¡Uno...! ¡Dos...!

El ruido ominoso de un seguro desmontándose, hizo que Weber, girando los ojos en sus órbitas, mirara hacia atrás.

—¡Tres...! Dos de propina, Sam... Mata al número cinco, Owen... Maldito botarate... ¡Cuatro...!

—¡Hablaré, hablaré...! ¡Dígale que no me apunte más...! ¡Hablaré...!

Se cubrió Weber el rostro brillante de sudor, con ambas manos que temblaban espasmódicamente.

Dijo Kring:

—Vete a otro cuarto, Owen. Si salimos Smart y yo, regresa y pégale un par de tiros a este fulano.

Owen Minnix salió y fue a empujar la puerta Kring.

Delaney se sentó. Reconocía en Donny mayor experiencia en hacer hablar a gente acobardada.

Weber deglutió varias veces en seco. Se apoyó en el respaldo de una silla.

Le temblaban las rodillas. Su voz salió ronca:

—Tengo mujer y dos hijos. Mi paga no permite...

—De acuerdo —interrumpió Delaney—, pero no nos cuentes tu tragedia. Te doy mi palabra de que saldrás con vida, si no mientes. Ya te lo dije antes y te lo repito. Estamos, pues, de acuerdo en que tienes cuatro bocas que alimentar, contando la tuya. Ni Donny ni yo matamos a los que se arrepienten de un mal paso.

—Yo... ayer visité al comisario Gregor. El *Chronicle* publicó mi caso. Y ayer noche, hacia las once, cuando volvía a mi casa, durmiendo ya mi mujer y los críos, encontré, al abrir, un sobre que habían deslizado bajo la puerta. Contenía cinco billetes de cien dólares, cogidos con alfileres, a un papel escrito a máquina.

—Remoja el gaznate, Sam. Es *whisky* del bueno. Te lo garantizo yo. Anda, bebe, que vas resucitando.

Kring tendía un frasco metálico, que Weber cogió para beber ansiosamente.

—Guárdalo de recuerdo, si sigues con la verdad, Sam. ¿Está bueno, ¿eh? Beberás otros, mejores, no, peores, sí, pero habla como es debido. ¿Dónde metiste el papel escrito?

—La guardé, por sí... no sé...

—Trae.

Weber hizo caer al suelo un pañuelo y calderilla, al extraer, tembloroso, un monedero, del que sacó un papel doblado en cuatro.

Lo arrebató de su mano Kring, tendiéndolo a Delaney.

Leyó Delaney en voz alta:

“La fortuna para usted, Sam Weber. El hombre que le robó los garfios, fue a subir por un poste. El poste marcado quince, en la carretera secundaria de Green Lack. Desde allí mató a Oscar Lavern.

“El asesino tiene el anular izquierdo surcado por una cicatriz roja, honda, desde la uña al nudillo. Yo no puedo delatarlo por

razones personales.

“Recibiré otros quinientos por correo, tan pronto cumpla con su deber. Si muestra esta carta a la policía, podrían averiguar que soy un delator, y en el clan de los matones, esto no se perdona”.

—No hay firma. ¿Enseñaste la carta a alguien, Weber?

—¡No, no!

—¿Qué hiciste al recibirla?

—Guardar el dinero, y de madrugada fui al poste quince. Llamé a la casa de enfrente, la única casa. Hablé con un muchacho, que había boxeado aquella noche, porque tenía la cara estropeada, y me lo confirmó cuando le pregunté si había sufrido un accidente. Entonces le dije que la noche del jueves me habían robado unos garfios que... el dedo anular de la mano izquierda...

Resopló Weber, sudoroso.

—Tranquilo, Sam. Sigue así de sincero, y has salvado la piel.

—Entonces, el muchacho corrió hacia un coche. Un “Chevrolet”. Parecía como loco, y murmuraba dos nombres, Smart y Delaney, repetidamente. Yo telefoneé al comisario Gregor porque pensé que el chico iba a cometer una imprudencia, pensando que... el Smart y Delaney, era...

Sam Weber se atajó, sudando copiosamente.

—Otro trago, Sam. Descansa la lengua. Bien, Smart, ¿qué opinas de la cartita de marras? Tiene toda la mala intención que personifica a Gian Ludovici. ¿Qué hacemos con Sam?

—¡Dios mío, Dios mío! Tengo mujer e hijos...

—No haberte casado, Sam.

—¡Déjalo, Donny! No le asustes más. Este hombre, en el fondo, no creyó mentir. Le pagaban mil para denunciar, porque el que pagaba no quería denunciar personalmente. Eso, al menos, pudo creer.

—También podía pensar que le pagaban mil para denunciar en falso.

—Dejémoslo aquí custodiado hasta que amanezca, Donny. No te echas a llorar, Sam Weber. Te he dado palabra de que vivirás. Si me reía con pocas ganas, no era pensando en tu funeral, sino en otra cosa. Pero hasta el amanecer estarás aquí, porque así me conviene. Vamos, Donny. Ya lo veo todo claro, y casi resuelto. No sé cómo no lo vi antes. Pero este toque de los alfileres...

—¿Los alfileres? —indagó Kring, perplejo.

Pero ya estaba fuera tras él que casi corría.

Dijo a Owen:

—Custodia al electricista. Que siga vivo hasta que regresemos.

Alcanzó Kring a Delaney cuando éste se hallaba al volante del “Studebaker” parado en la plataforma del caserón cara al lago Michigan, al

sur de la ciudad.

—Un momento, Smart, un momento. Si vamos a visitar a Ludovici, primero pasarás a recoger herramientas, y yo a dos de mis mejores guerrilleros. Porque habrá gresca.

—Tú conduces, Donny. De momento, había olvidado que me buscan. Me agazaparé atrás.

—Eso es. Recogeré a Seldom y a Pogazzaro. Pero Ludo, a estas horas, no estará en su camita. Puede que esté en el teatro. Le gustan mucho las operetas.

—Vamos al 763 de la Avenida Norte, Donny. Tú dijiste antes que llevabas la batuta. La llevas. Yo continuaré con la música, llegado el momento oportuno.

—De acuerdo. ¿Qué significa tu alusión a los alfileres?

—Eso de los alfileres, de momento, no me dijo nada, porque estaba obsesionado con la idea de que la muerte de Lavern solo podía ser obra del clan de matones. Pero Ludovici, por más alambicado que sea, no hubiese empleado nunca alfileres.

—Ya. Una hembra, ¿entonces?

—Janet Hanson tenía una elegancia especial, como maniquí modelo. Vamos ahora al 763 de la Norte, y te iré explicando lo que dirás al principio. Cuida solo de simular que cierras la puerta cuando te abran, pero déjala entornada. A ti te abrirán sin el menor recelo. Escucha, Donny...

CAPITULO XIV

Carol Eberhart dejó puesta la cadena de seguridad, al entreabrir la puerta.

Al reconocer al visitante nocturno, su expresión de inquietud se trocó en complicada sonrisa.

Abriendo, invitó:

—Adelante, Donny. Vienes con gran oportunidad.

Entrando, cerró Kring con las espaldas, y sus manos parecieron reajustar la cadena.

—Hola, guapa. Celebro parecerte oportuno.

Señalaba ya el cuarto de estar, y, con su habitual estilo, simuló Kring una leve reverencia:

—Las damas primero, siempre es mi lema.

Rió ella, ajustándose más la sedosa bata, y comentando:

—Ya sé que no te agrada tener a nadie a tus espaldas, Donny.

Fue a sentarse en una esquina del lujoso y amplio diván.

Aproximándose, dijo Kring:

—No es nunca agradable saber que alguien nos acecha, sin que logremos localizarlo, ¿verdad, guapa?

Encendió ella nerviosamente un cigarrillo.

—Siéntate, Donny.

—No, gracias. La visita es breve, brevísima. Tú sabes que tengo buenas amistades por los sitios que convienen. Me han comunicado algo, que a mí, personalmente, ni me va ni me viene, pero como me cogía de paso, decidí arrimarme a verte. Creo que te va a hacer falta escolta, guapa.

—¿Yo, por qué?

—Podrías recibir una visita poco amistosa. No digo más, ya que repito, no es asunto mío, y he venido solamente a decirte que te conviene elegir a un par de muchachos de confianza, que vigilen día y noche, esta monada de piso y tienda. Sigue suelto Smart Delaney. El muy majadero, en vez de estar cerca ya de la Patagonia, anda rondando en busca de la ocasión de poder charlar contigo a solas. Esto es lo que me ha comunicado un amigo que sabe que estaba interesado en conocer el paradero de Smart. Bueno, ya

te dije lo que sucede y puede sucederte.

Apagado el cigarrillo entre los dedos, parecía Carol muy sumida en pensamientos, porque denegaba con la cabeza y a la vez removía los labios como hablándose a sí misma.

Al ver que Kring daba media vuelta, exclamó:

—¡Donny, no puedes irte así como así!

—¿No? ¿Por qué no?

—Porque necesito ayuda.

—Todos en la vida necesitamos de vez en cuando ayuda. Pocas veces la doy. Y si me decido, no es gratis. Pero, que yo sepa, entre nosotros no hay pacto alguno ahora. Murió Lavern. No me interesa en absoluto el caso. Antes, sí, porque por medio andaba un hermoso fajo de cien mil escondidos. De todos modos, te doy un consejo gratis. Si temes que Smart venga a charlar contigo, avisa a la policía. Te darán custodia. Claro, cuando sepan por qué temes charlar con Smart.

—Nunca me inspiró confianza, y fugitivo cómo anda ahora...

—Es tu problema, guapa. Yo cumplí de sobra con avisarte...

—¡Aguarda, Donny, por favor! Dicen que se puede confiar en ti. Si me proporcionas escolta, pagaré lo que me pidas.

—No tienes bastante dinero, guapa —sonrió Kring—. Nunca proporciono escoltas. Y menos a quién no juega limpio conmigo.

—No... te entiendo, Donny.

—Vas a entenderme, pero ojo, porque, si te hago una pregunta, y me contestas con una mentira, me podría sentar mal. Caben dos soluciones. Me voy, y aquí no ha pasado nada. Una. Pregunto y contestas como es debido, y entonces, ojo, porque, en caso contrario, va a pasar algo peor que lo que temes. Elige.

Tardó ella en decidirse.

—Pregunta, Donny. No tengo por qué mentirte.

—Magnífico. ¿Conoces a un tal Sam Weber?

—¿Weber...? Ah, sí, es el electricista que denunció al asesino de Oscar Lavern.

—Ahora, toma todo el tiempo que quieras para contestar, pero, cuando lo hagas, ojo conmigo. ¿Pregunto, sí o no?

—Un momento, Donny. Si soy plenamente sincera contigo, ¿me garantizas protección?

—¿Contra quién?

—Contra Smart Delaney.

—Bien. De acuerdo. Olvida ya a Smart. Va la primera pregunta... ¿Conoces a una morena que se hace llamar Janett Hanson?

Dilató Carol los ojos, asombrada. Aclaró Kring:

—Tengo amigos en comisarías. La coartada que presentó Delaney no podía ser tan floja para un tipo inteligente como es Smart. Mencionó a un

tal Janet Hanson, y, entre los datos que dio, fallaron la dirección y la identidad. Pero había algo curioso. Dijo que Janet como se llamase, le produjo la impresión de maniquí modelo. ¿Conoces a Janet Hanson? La respuesta es fácil. Sí o no.

—Sí.

—Magnífico. ¿Cuál es su verdadero nombre?

—Eleonor Sanders.

—Bien. Te has salvado, guapa. Ahora, si estás dispuesta a compartir conmigo los cien mil, podrás quedarte viva y con la tienda, además de los cincuenta mil. Ojo, no vayas a decir alguna tontería, y te arrepentirías luego, cuando ya sería tarde. Voy a ayudarte para que no resbales. Un patinazo conmigo, y vas a reunirte con tu adorado Oscar. Me interesó mucho Sam Weber. Le invité a venir en plan privado. Leí la cartita. Quinientos, prendidos con alfileres. Poste número quince. ¿Quién subió? ¿Tú? ¿Jake, tu encantador hermanito? Calma, guapa... Ya somos socios. Fuiste muy hábil con eso de echar las sospechas sobre el clan de matones, y dejando sin coartada a Smart Delaney. Todo bien premeditado. Y ahora, explícame simplemente por qué decidiste eliminar a Lavern.

Volvía ella a denegar con la cabeza. Sus ojos rehuían mirar a Kring.

—Muchacha... Ya es tarde ahora para andar con remilgos. Somos socios, recuérdalo, y la primera condición elemental es no andarnos con tapujos. Te advierto que nunca he maltratado a una mujer. Pero puedo traspasar el negocio. Creo que si la cartita que le escribiste a Sam Weber se la llevo a Gian Ludovici, éste se pondrá encrespado. Y es un especialista en torturar. Sobre todo, a mujeres. ¿Le prefieres a él de socio? A tu gusto, pero te quedarás sin tienda, sin cincuenta mil, y sin tu hermosa piel. Mi trato es mucho más sensato y sensible. Explícame simplemente por qué decidiste eliminar a Lavern.

Volviendo la espalda, se dirigió Kring al mueble licorera.

Por el espejo de pared, veía el cortinaje que ya en una ocasión se había movido un poco. Los pliegues de la gruesa tela azul volvieron a ondear levemente.

—Y tu hermanito Jake, qué, ¿dónde anda?

—Escucha, Donny... Yo no maté a Oscar Lavern. Te lo juro...

Un tubo estriado, negro, asomaba cautelosamente entre los pliegues del cortinaje azul.

Con el frasco de cristal tallado en la mano, describió Donny Kring una rápida media vuelta, tomando impulso, como un lanzador de béisbol.

El pesado frasco, a modo de pelota, fue a estrellarse un poco más arriba del silenciador.

La fuerza del impacto inesperado hizo que el invisible tirador apretase el gatillo involuntariamente.

El disparo, resonando como un taponazo, produjo un desconchamiento

en el techo.

Irrumpía Smart Delaney, hasta entonces en el recibidor.

Abalanzándose contra el cortinaje, que ya abultaba en su tercio inferior, apartó por un lado la tela azul.

Ensangrentado el rostro, Jake Eberhart sostenía aún la pistola recién disparada. Sentado, meneaba la cabeza, tratando de despejarse.

Quitándole el arma, Delaney fue a coger el cubo con hielo y agua. Lo vertió sobre la cabeza de Jake, que, estremeciéndose, se sacudió como un perro mojado.

Viéndose encañonado por su propia arma, Jake Eberhart se acurrucó más, gimiendo incoherencias.

Fue Carol la que, cansinamente, expuso:

—Cuando Jake me contó lo que había planeado, ya era tarde. Según él, todo quedaba resuelto, ya que Lavern no hizo testamento, y, por consiguiente, al apoderarnos de los documentos de compra de la tienda, ésta quedaba de mi propiedad. Dijo que lo hizo porque, de un momento a otro, Ludovici o usted mismo, Delaney, le harían saber a Lavern que yo... trataba de saber dónde escondió los cien mil... Me aseguró Jake que atribuirían la muerte de Lavern al clan de los matones. Le pagó a Eleonor Sanders para que entretuviera a Delaney. Y más tarde, al comprobar que Delaney quería saber quién poseía una pistola nueve largo defectuosa... fue y la colocó en la fresquera, subiendo por la escalerilla de incendios. Escribió a Sam Weber. Eso es todo.

—Eso no es todo. ¿Desde cuándo esta rata que tiene por hermano dispone con tanta generosidad de quinientos dólares, y otros tantos que hubiera mandado, para evitar que Sam Weber enseñase la carta?

Delaney añadió, encañonando de más cerca a Jake:

—Vas a hablar y pronto, Jake, rata del demonio. ¿Cómo lograste enterarte del lugar donde escondía Lavern los cien mil?

—No... No pude averiguarlo... No sé nada, ¿verdad, Carol...? Yo solo lo hice para asegurarle el porvenir a mi hermana...

Fragmentos de cristal, al estallar, se habían hincado en el rostro de Jake que, levantándose trabajosamente, imploró:

—Déjame curar mis heridas, Smart... Me duele mucho... Déjame, por favor. Hay botiquín... en el cuarto de baño...

—Vamos allá.

En el amplio cuarto de baño, se miró primero Jake la cara. Tocaba los sitios cercanos a las astillas de cristal con mimo. Fue a abrir el pequeño armario botiquín.

De pronto, respingó al oír un repiqueteo. Impaciente, Delaney, de modo maquinal, repicaba con los dedos en el tambor cilíndrico del depósito de agua conectado con el calentador a gas.

Relucían, inquietos, los ojos huidizos de Jake, que volvió a mirarse al

espejo.

Recordaba, de pronto, Delaney la voz que, en plan de confidencia, le dijo Lavern que el mejor escondite para algo que no hiciera mucho bulto era la cisterna del retrete, o el depósito de agua de cualquier tipo.

Posiblemente, lo había comentado también con Carol, y ésta, a su vez con su hermano...

Gimió Jake, al apartarle Delaney bruscamente la mano que, empuñando un tampón de gasa empapada en oxigenada, dirigía Jake hacia su rostro cortado.

—Te voy a hincar más los cristales hasta que cantes, rata. ¿Dónde encontraste los cien mil?

—¡Te juro que yo...! ¡Palabra que no...!

Torció Delaney la muñeca de Jake, empujándole la mano con la gasa hacia el rostro, en golpe seco. Al hincarse más un cristal, Jake puso los ojos en blanco y no fingió el desvanecimiento.

Subiéndose al taburete, desenroscó Delaney la tapadera. Y vio el bramante a cuyo extremo colgaba una funda impermeable. Izó. La celofana transparentaba los billetes de cien, quinientos, y mil, en tres paquetes.

Al recobrarse, tendido en el suelo, vio oscilar Jake ante su rostro el chorreante envoltorio de celofana impermeable. Como un péndulo.

En el umbral estaba Carol. Y a un lado, Kring.

El semblante de Carol expresaba sincera sorpresa. Miró con repentina furia a su hermano, que reptó para alejarse, hasta quedar respaldado en la bañera.

Sollozó convulsivamente, rabioso.

Había sido muy laboriosa su tarea. En la cabaña montañera donde Oscar Lavern se aislaba a veces para practicar caza y pesca, había cabezas de osos, lobos y zorros. Trofeos.

En el interior de la disecada cabeza de un zorro había logrado encontrar los cien mil dólares, apenas pudo registrar cómodamente, muerto ya Lavern.

Su hermana lo ignoraba. Y para ella, la muerte de Oscar Lavern representaba el fracaso de todas sus esperanzas, ya que estaba plenamente convencida de que el enamorado Lavern se hubiera casado con ella.

El hallazgo de los cien mil dólares, silenciado por Jake, le hizo comprender que su hermano había actuado en su único y propio beneficio, dejándola a ella sin tienda, ya que no poseía los documentos de compra.

Fue el propio Delaney quien le sugirió la solución más beneficiosa.

Visitar a Ben Lavern, explicándole todo. Influiría el propio Delaney en que los hermanos Lavern le dejasen la tienda en propiedad.

Atado de codos, Jake Eberhart fue curado sin demasiada delicadeza por Donny Kring.

Ben Lavern aceptó ceder la propiedad de la tienda a Carol Eberhart.

El misterio de la agresión sufrida por el comisario Gregor, lo resolvió Delaney. Afirmó que fue el propio Jake Eberhart quien le liberó, porque deseaba que siguiese siendo el sospechoso número uno del clan de los matones, como fugitivo.

Pese a las sinceras negativas de Jake, no fue creído por cuanto aquel toque final, como dijo Gregor, era la adecuada firma a todo el plan maquiavélico elaborado por el asesino de Lavern.

Ben Lavern, preparándose para su segundo combate con Petty Cobleigh volvió a repetir, mientras cenaba:

—No sabes lo avergonzado que estoy, Smart, por haber podido pensar siquiera ni un minuto en tu posible culpabilidad... Pero el amor... ¿eh...?

Y miraba a Joyce.

Smart Delaney decretó:

—El amor todo lo justifica. Por esto Joyce siempre estuvo segura de que yo no era capaz de algo tan canallesco. Pero tu actitud fue la misma que yo habría adoptado, al oír a un honorable electricista explicarme lo del poste y del dedo con cicatriz.

Al irse a dormir Ben, murmuró Joyce:

—Por fin, todo acabó Smart.

Perdida toda su elocuencia, creyó Smart Delaney que pronunciaba una frase muy original, al balbucear, emocionado:

—Por fin, solos, mi vida.

FIN

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

se complace en recomendar
a sus lectores, las colecciones:

HEROES DE LA PRADERA

dedicada a las mejores novelas
de dos colosos del

"WESTERN"

dos autores cuya fama crece día a día:

SILVER KANE y KEITH LUGER

— y —

LA CONQUISTA DEL ESPACIO

en la que sólo tienen cabida las
más extraordinarias aventuras de

"CIENCIA FICCIÓN"

debidas a la pluma de los autores que
mayor éxito han obtenido entre los
aficionados a este género



Las mejores obras de:
**"SUSPENSE", ESPIONAJE
Y POLICIACAS**
escritas por los mejores
autores del género



Más de 1.200 títulos en sólo dos
colecciones son prueba evidente
del favor que el público dispen-
sa a nuestras series populares



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)
PRECIO EN ESPAÑA: 10 PTAS. Impreso en España